

OSCAR PADRON FAVRE

ARTIGAS Y LOS CHARRUAS

**REFUTACION A «ARTIGAS Y
SU HIJO EL CACIQUILLO»**

URUGUAY 1999

OSCAR PADRON FAVRE

ARTIGAS Y LOS CHARRUAS

REFUTACION A «ARTIGAS Y SU HIJO EL CACIQUILLO» DE CARLOS MAGGI

SUMARIO

- A modo de explicación.
- Ante un pseudo revisionismo.
- I.- Los Artigas y los indios nómades.
- II.- Artigas el charrúa.
- III.- El charrúa blandengue.
- IV.- Artigas y los charrúas durante la Revolución.
- Conclusiones.

URUGUAY 1999

«Entre las comparsas de carnaval, debieran desfilan los intelectuales mentirosos que disfrazan la verdad.»

(Carlos Maggi «El lejano norte» 1999 p.59).

A MODO DE EXPLICACION

En el contexto de un creciente interés colectivo por conocer nuestro pasado ha tenido especial destaque en los últimos quince años el auge del tema de los indígenas en Uruguay. Era lógico que así sucediera, pues si de saber quiénes somos se trata, se debe comenzar por el principio.

No se me oculta que la publicación de «Sangre Indígena en el Uruguay», en 1986 -sorprendentemente exitosa en ventas pese a ser una edición personal - fue un verdadero detonante para ese fenómeno que señalé al principio, contribuyendo a animar distintos emprendimientos, por ejemplo la formación de asociaciones de descendientes de indígenas y la atención de escritores y hombres vinculados al negocio del libro, quienes percibieron con claridad: «el tema del indio interesa y vende».

Sin duda esto alentó una corriente de publicaciones, que ha abarcado tanto la reedición de anteriores trabajos como la aparición de numerosos títulos nuevos, formando un conjunto particularmente diverso, con profundas diferencias ya no sólo de enfoque sino, especialmente, de rigor crítico y documental.

Dentro de esa serie de ediciones, en el año 1992 se publicó del escritor montevideano Carlos Maggi el libro «Artigas y su hijo el Caciquillo», con los subtítulos de «El mundo pensado desde el lejano norte o las 300 pruebas contra la historia en uso». En este año - cuando estábamos culminado esta refutación - se ha reeditado dicho trabajo, al que se ha sumado el libro «Artigas y el lejano norte.(Refutaciones de la historia patria)», en el que recoge una serie de artículos publicados en «El País» en los primeros meses de este año.

Las tesis principales que Maggi plantea, y repite hasta agobiar al lector, son: Artigas cuando joven vivió en las tolderías charrúas; fue adoptado y reeducado por ellos; tuvo un hijo en las tolderías -el Caciquillo- y estos hechos marcaron toda la vida del prócer, pues ni militar ni ideológicamente puede entenderse el período artiguista si no se parte de «esa alianza excepcional» entre la tribu y el Caudillo.

Con tales premisas y otras que desarrolla con idéntica dirección, Maggi considera a su planteo totalmente original y a contrapelo de lo dicho hasta ahora sobre el tema.

Al disentir con la casi totalidad de las afirmaciones del mencionado autor, he considerado pertinente dar a conocer algunas de las principales observaciones que me merecen las mismas.

Siempre es saludable tirar piedras que remuevan la peligrosa quietud de los estan-

ques. Quietud que en gran medida caracteriza al ámbito historiográfico nacional, especialmente por el desinterés total que revelan al respecto instituciones públicas como el área respectiva de la Facultad de Humanidades, el Museo Histórico Nacional y el propio Archivo General de la Nación, ignorando olímpicamente esos fenómenos de interés colectivo por determinadas temáticas. Se asiste así a un verdadero diálogo de sordos, pautado por la mera publicación privada de trabajos sin que existan ámbitos calificados de presentación, discusión y valoración de tales aportes.

En Uruguay las políticas culturales de gobierno mantienen -incluso han acentuado - un absoluto desdén por el fomento de la investigación histórica y el estudio y preservación del patrimonio histórico-cultural nacional. En los hechos son consideradas áreas de información y promoción no relevantes. Actitud mucho más censurable, si se tiene en cuenta que son numerosas las evidencias que demuestran la existencia de un verdadero interés social por el conocimiento de nuestro pasado y nuestro proceso de formación cultural.

Un estado de cosas de tales características, supone la existencia de un amplísimo campo de conocimiento carente de referentes, lo que estimula que las más antojadizas aventuras intelectuales incursionen con total desenfado, impulsadas por el afán de notoriedad o un rápido retorno económico. En estas condiciones, la valoración pública de trabajos historiográficos depende menos de sus intrínsecas cualidades de rigurosidad crítica, veracidad y sí mucho de su capacidad de difusión y comercialización.

Seguramente que los trabajos de Maggi no son los más representativos de esta situación. Hay otros mucho peores.

Desde mi perspectiva, su planteo en buena medida cierra todo un ciclo histórico de idealización romántica sobre la unión entre dos protagonistas fundamentales de nuestro relato histórico tradicional: Artigas y los charrúas. Idealización que se fundamenta, sobre todo, en una selección totalmente interesada y restringida de la documentación disponible, la cual, además, es interpretada antojadizamente sin la debida crítica y contextualización.

Por eso considero necesario plantear una visión alternativa y respuestas diferentes a las que ha elaborado Maggi, especialmente con el propósito de problematizar el relato histórico a fin de reivindicar la naturaleza compleja de las acciones humanas, individuales y colectivas. Complejidad que desdeñan las visiones tendientes a crear y refundar mitos, las cuales prefieren dibujar escenarios ideales donde los Héroes encarnan conductas rectilíneas perfectas, donde los colectivos actuaban con enternedoras unanimidades y dónde el bien y el mal aparecen tan evidentes que sólo por perversidad se podía optar por el segundo.

Sabemos que la realidad - de ayer, hoy y siempre - nunca se manifiesta en tales condiciones.

En absoluto esta refutación agota todos los aspectos a tratar en el tema de Artigas, la Revolución y los charrúas, sino que sólo se ciñe a mantener como hilo conductor el cuestionamiento a las principales premisas con que Maggi funda su discurso.

.....

Los textos de Carlos Maggi que hemos consultado son los siguientes:

- I) «Artigas y su hijo el Caciquillo» Ed. Fin de Siglo Mdeo.1992.
- II) «Un héroe llamado Caciquillo» El País 9 Enero 1994.
- III)»Victoria en Arerunguá» El País 10 Enero 1999.
- IV) «El Pampa contra HD» El País 17 Enero 1999.
- V) «Los indios invisibles» El País 24 Enero 1999.
- VI) «Artigas socarrón» El País 31 Enero 1999.
- VII)»El segundo éxodo» El País 21 Febrero 1999.
- VIII)»Refutación de la historia patria» El País 14 Marzo 1999.

En nuestra refutación hacemos referencia a cada una de estos trabajos con la respectiva numeración romana.

ANTE UN SEUDO REVISIONISMO

«Las 300 pruebas contra la historia en uso» (I).

«Hay una biografía india de José Artigas que todavía no pudo entrar a los textos de enseñanza....Los eruditos se niegan a reconocerlo, les da vergüenza, porque los indios son despreciables; y les da tristeza, porque es esto quedarse solo, habiendo admitido que el Jefe de los Orientales no es de aquí; que venía de visita al sur y estaba siempre, deseando volver a casa, para estar rodeado por su gente, aliviado y seguro, en medio de los desiertos del Lejano Norte»(II).

«Parecería que nuestra historia oficial no quiere indios metidos en la revolución, y los borra. Los más grandes historiadores muestran muy seguido que el Jefe de los Orientales, peleó contra los charrúas»(II).

«La historiografía científica uruguaya (siempre infiel con los infieles) .. «(II).

«.. escribí «Artigas y su hijo el Caciquillo»; y creo que las comprobaciones que contiene cambiaron para siempre un par de cosas en la historia patria convencional.» (IV).

«Hay verdades de a puño que no caben dentro de la «sociedad homogénea» que los uruguayos decretaron; en consecuencia, la historia necesita que esos hechos, no hayan sucedido; y los borra, querida o subconscientemente. No es fácil desterrar el planteamiento racional que impone la enseñanza oficial: la Leyenda Patria, la Epopeya de Artigas, Báuzá, H.D., Eduardo Acevedo y sus seguidores. ¡Es tan hermoso y tan halagueño! ¡Cierra tan bien! ¡Es tan civilizado!»(IV).

Maggi manifiesta haber realizado un esfuerzo importante de lectura respecto al Archivo Artigas, paradójicamente muy poco utilizado por los historiadores una vez que se dispone de él. Lectura acusiosa seguramente, movida por el deseo de encontrar aquello que alimentara su hipótesis previa, pero marginando todo lo que no encaja en ese esquema interpretativo. Esto es evidente si tenemos en cuenta que es en el propio Archivo Artigas donde se encuentra buena parte de la documentación que desnuda los pies de barro de su argumentación.

Hay otro detalle. En el Archivo Artigas no está toda la documentación sobre Artigas y su época. El mismo presenta una excelente selección documental, muy copiosa sí, pero no deja de ser una selección al fin. Por lo tanto, al abordar el tema de Artigas como el de los charrúas y su época no puede ignorarse olímpicamente la importante bibliografía histórica uruguaya y regional de la cual hoy disponemos. Hacerlo es, por lo menos, una temeridad.

Excesivamente livianas y sin fundamento resultan también sus insistentes referencias a una especie de complot historiográfico fraguado por figuras realmente relevantes de la historiografía nacional, caso del Dr. Eduardo Acevedo y el Prof. Juan E. Pivel Devoto. Seguramente posibles de ser cuestionados en algunos o en muchos de sus juicios históricos, pero contribuyentes excepcionales y dignos de especial reconocimiento, especialmente el segundo, en lo que hace a la preservación y difusión del patrimonio documental de los orientales. Y si de rebatirlos se trata, nobleza obliga hacerlo con un nivel de erudición por lo menos cercano al que ellos desplegaron.

Innumerables son las referencias en las que Maggi valora sus dichos como «hallazgos» totalmente demoledores de una «historia oficial»- tan atractiva de evocar siempre como recurso retórico - que se habría urdido para impedir que la verdad del «Artigas charrúa» viera la luz.

Bienvenidas sean las relecturas revisionistas a las que cada generación está obligada a rendir tributo, tanto para cumplir con la máxima croceana de que toda Historia es Historia contemporánea como para asimilar y valorar la nueva información acumulada y disponible con el transcurso de los años. Vivan los revisionismos, especialmente en sociedades como la uruguaya que tradicionalmente ha estado aprisionada por dogmas historiográficos frutos de la política partidaria o de otro tipo de visiones parciales. Pero eso sí, vivan aquellos que se hacen como resultado de una acumulación documental y crítico-interpretativa creciente, pero no aquellos que toman el atajo de adulterar la realidad ya sea por el camino de la fantasía, la simplificación o la selección caprichosa de documentos.

La obra de Maggi supone la consumación de un nacionalismo romántico que fijó en el Charrúa y en Artigas -unidos en la Revolución en un común esfuerzo libertario y patriótico- los dos ideomitos fundadores de la nacionalidad uruguaya de validez general. Concepción que ejerció una verdadera hegemonía en el imaginario histórico del Uruguay, impulsada especialmente por distintos intelectuales desde finales del pasado siglo.

Ambos tenían dos condiciones notables para hacerlo. El charrúa: el carácter de indio muerto, es decir que toda revalorización histórica o literaria no tenía efecto alguno sobre la realidad social; Artigas: el no haber usado divisa blanca ni colorada. Esas

condiciones excepcionales los condujeron a monopolizar, respectivamente, las categorías del Indio y el Héroe uruguayo.

Unir de alguna forma estos dos ideomitos en una visión heroica en la cual ambos lucharon de forma conjunta por la forja del Uruguay fue el sueño escondido de no pocos autores, caso de Bermúdez, Zorrilla de San Martín, Polanco, el Bauzá juvenil, Petit Muñoz, Clare y otros. Desde esta perspectiva, lo de Maggi tiene mucho más de epigonal que de inicial. No abre un ciclo, lo cierra.

Pretende consolidar una visión romántica de nuestro pasado, queriendo hacer de la toldería charrúa la matriz del artiguismo, por lo tanto de nuestros orígenes nacionales. Una vez más los caprichos del intelecto y la magia de los malabaristas de palabras pretenden sepultar a la realidad ... la que empecinadamente siempre resucita.

Si totalmente irreal era aquél Artigas que no pocos intentaron construir con abstracción total de su medio social, mostrándolo como paradigma del líder republicano, civilista e ilustrado, despojado de su carácter de militar y aislándolo del frenesí y la radicalización revolucionaria, no lo es menos el que pretende construir Maggi de un Artigas charrúa.

Ambas «construcciones» sobre Artigas son totalmente opuestas, pues mientras la primera pretendía separarlo de la «barbarie», la segunda hace el mayor esfuerzo por integrarlo a ella, ya que ella, en realidad, encarnaba la verdadera sabiduría. En la primera Artigas fue excepcional porque había estado por encima de la «barbarie», en la segunda, Artigas fue excepcional por ser fruto predilecto de ella.

Ambas posturas intelectuales coinciden en dejar en el camino como víctimas de sus esfuerzos a Artigas, su sociedad y su tiempo. Nacidas en la capital-puerto, parecen mantener las «murallas» que les impide conocer en profundidad la pradera y su gente.

Algo similar sucede con los minuanes y charrúas (recuérdese que los primeros, también denominados guenoas, fueron quienes más predominaron en el actual territorio uruguayo). Considerados tradicionalmente como «nuestros indios», una visión predominantemente romántica ha existido sobre ellos.

No se trata tampoco ahora de demonizarlos. Seguramente merecerán siempre ser recordados entre aquellos pueblos que nos precedieron en la ocupación de este territorio y que, como es propio de la naturaleza humana, se opusieron con tenacidad a ser despojados del territorio que recorrían así como a abandonar sus costumbres. Su historia es digna de ser contada, pero, eso sí, sin maquillajes u omisiones interesadas.

Especialmente estimo que debemos tener muy presente que no fueron parte fundacional de nuestro ser colectivo, al contrario, se opusieron -legítimamente, sin duda, pero opuestos al fin- a él.

Nuestra sociedad nace luchando contra el indio infiel nómada, no de él o con él. Y preciso, el indio infiel nómada y no el indio, como con frecuencia se utiliza en forma genérica, pues en esa sociedad original nuestra, existió un componente indígena muy importante.

Nuestras raíces principales están en la sociedad rural hispano-criolla (mayoritariamente mestiza de sangre y culturas, especialmente por el aporte guaraní-misionero), que forjó su identidad y unión en gran medida a través de la lucha contra el minuán y el charrúa. Estos siempre encarnaron al «otro», el cual contribuyó a definir el «yo» del

frente colonizador del cual descendemos.

Artigas - como otros antes y después de él- supo valerse militarmente de ellos pero no logró vencer esa brecha para integrarlos definitivamente al mundo criollo. No pudo así contribuir a salvarlos de su destino, pese a que es indudable que sentía aprecio o consideración por todos o parte de ellos, lo que también era recíproco, al menos en algunos caciques.

No existe hasta el presente, al menos la desconozco, prueba alguna de que Artigas realizara algún esfuerzo por integrar los indios infieles definitivamente a la sociedad criolla sedentaria, pero si lo hizo lo cierto es que fracasó. En absoluto el Reglamento de 1815, hecho en gran medida para dar «seguridad a los hacendados», contemplaba la situación de los indígenas nómades, como algunos han pretendido.

Artigas no pudo tampoco vencer lo que dictaba la experiencia histórica de dos siglos. Al terminar el período artiguista, la situación de las remanentes tolderías de infieles no habían variado de situación, aún cuando seguramente su número había decrecido. Su existencia siguió siendo la del infiel-nómade en medio de una sociedad cristiana y sedentaria.

I-LOS ARTIGAS Y LOS INDIOS NOMADES.

«... durante los siguientes 30 años (posteriores a la paz de 1732 con los minuanes) Juan Antonio Artigas ratificará varias veces el trato amistoso y leal que mantiene con los indios rebeldes» (I:54).

«Juan Antonio Artigas es un hombre respetado entre los indios infieles; es persona confiable para ellos, es el héroe que ajustó la paz en varias oortunidades. Ese hombre podía llegar a las tolдерías en medio de un conflicto y hablar con ellos amistosamente y cuando se veían obligados a entrar al Cabildo, era él quien estaba allí para darles confianza y garantía....No es insensato pensar que Artigas fuera famoso entre los indios ...»(I: 57).

«La relación de confianza entre Juan Antonio Artigas y la tribu charrúa, valía más que cualquier otro bien; esa herencia (ese prestigio) le permitió a su nieto José Gervasio, integrarse al Lejano Norte desde muy joven y puso a su servicio, un arma decisiva que cambió la historia. Ninguno de los grandes estudiosos que investigaron nuestro pasado, apreció ese aspecto.» (VIII).

En su afán de mostrar la relación de Artigas con los charrúas como algo totalmente excepcional e irrepetible Maggi deja asentado que ese vínculo singular tuvo su raíz en la biografía del abuelo del Caudillo, el español Juan Antonio Artigas. Para ello reseña la información sobre las distintas intervenciones que el apreciado y destacado Oficial de Milicias de Montevideo realizó entre los años de 1732 a 1762 en ocasión de los reiterados conflictos entre los vecinos de Montevideo y los indios minuanes. No con los charrúas que vivían muy lejos de la jurisdicción montevideana.

Efectivamente, la documentación exhumada por investigadores como Francisco Bauzá, Enrique Azarola Gil, Mario Falcao Espalter, Eduardo Acosta y Lara, entre otros, ha demostrado las virtudes de coraje y capacidad que adornaron al patricio Juan Antonio Artigas, transformándose en hombre de reconocido valor y de gran pericia para desenvolverse en el cerril y casi desierto territorio de la jurisdicción montevideana y zonas adyacentes.

El lector que se queda con la selección de documentos que presenta Maggi sin duda acompañará los juicios del autor y adherirá a la bonita tesis que entre las tolдерías indias el nombre de Artigas ya circulaba en los fogones como sinónimo de hombre de confianza y amigo de los indios preparando el terreno para «el que vendrá ...».

Sin embargo, lamentablemente, Maggi no cita otros episodios que pueden echar una sombra de duda sobre la existencia de una fama tan favorable entre los infieles respecto a dicho apellido.

El autor ha utilizado profusamente el excelente trabajo de Eduardo Acosta y Lara

«La Guerra de los Charrúas» (1961), en cuyo Capítulo VI se publica ilustrativa documentación que demuestra el destacadísimo papel que jugó Juan Antonio Artigas en la campaña de persecución y casi exterminio que se llevó contra los minuanes en 1751. Elude totalmente citarlo e involucrarlo, siendo fiel a la máxima de que los Héroes sólo deben aparecer en las lindas ...

En ese año, una fuerza al mando del Maestre de Campo Manuel Domínguez, de más de 220 hombres integrantes de tropas de línea y las Milicias de Vecinos (estas últimas bajo el mando del Capitán Juan A. Artigas), atacaron dos veces a los infieles minuanes.

El 5 de febrero fue el primer encuentro, dónde los montevidEOS mataron *«hasta el número de 20 y condujo a esta ciudad 82 entre mujeres y niños, los que se han repartido entre los vecinos de ella»*(ob. cit. p.91). Repartos de niños y mujeres minuanes de los cuales seguramente el Capitán Artigas debió verse favorecido por su carácter de líder militar y vecino principal.

El 16 de Abril las fuerzas de Montevideo volvieron a alcanzar a los minuanes que tenían sus tolderías junto al Tacuarí, avanzándolos y obligándolos a refugiarse en el monte donde *«se mataron algunos de armas y también Chinas y criaturas .. y se cogieron vivos noventa y un Piezas»* (idem.p.94). Pero lo más encarnizado del combate del Tacuarí se vivió a la jornada siguiente, cuando los indios, al no poder huir, presentaron batalla. Esta duró desde las ocho del día hasta las cinco de la tarde, quedando como terrible saldo *«más de 120 Yndios muertos en el campo sin poder numerar los q.e murieron en el río ahogados y los que en la espesura del monte caerían»* y 124 cautivos.

Los valientes minuanes no cayeron todos en batalla, sino que muchos de ellos fueron ejecutados, pues la orden que tenían de José de Andonaegui y Joaquín de Viana era *«que pasase a cuchillo todo indio mayor de doce años, reservando el todo de las mujeres y niños que se cogiesen»* (idem.p.91). Mandato que se cumplió rigurosamente, pues al terminar la función, a las cinco de la tarde, se pasó *«a Cuchillo toda la gente de armas»* (idem.p.94).

En esas dos jornadas el veterano Capitán de Milicias Juan A. Artigas debió dar las órdenes pertinentes que culminaron no sólo con la muerte de hombres en batalla, sino también de *«chinas y criaturas»* así como la cruel ejecución de todos los hombres vencidos mayores de 12 años.

De su celo en el cumplimiento de las órdenes y su eficacia en ejecutarlas dieron cuenta sus superiores, quienes destacaron al final de la campaña de exterminio sobre los minuanes que el Capitán Juan A. Artigas debía ser recompensado con un ascenso por tener demostrado *«el exorvitante amor y zelo a Su Majestad y esta Ciudad en su defensa»*(idem.p.96). Tan destacados fueron los servicios prestados en esa oportunidad por el abuelo del prócer, que el propio Cabildo de San Felipe y Santiago de Montevideo consideró importante en una Carta al Rey destacar el *«crecido valor y conducta* (léase matando indígenas) *del Capitán de la Compañía de Corazas desta Ciudad Dn. Juan Antonio Artigas»*(AGN Colec. Falção Espalter).

Queda claro que el Capitán Juan A. Artigas podía por su arrojo y dotes personales mantener contacto y hasta una relación amistosa con algunos caciques minuanes pero su etnia era la hispano-criolla con sede en Montevideo y chacras y estancias próximas.

De ella era líder militar, a ella se debía y por su defensa -por Dios, el Rey y el Común- sabía ser implacable en la guerra contra el indio.

Después de lo expuesto parece poco versimil que luego de la batalla de Tacuarí el nombre de Juan A. Artigas, inspirara confianza y amistad entre las tolдерías minuanas sobrevivientes, temor seguramente sí.

De hecho después de esa fecha no conocemos de ninguna otra misión de Juan A. Artigas a parlamentar o tratar en las tolдерías minuanas. Existe sí referencia a su participación en otras campañas contra los indígenas en 1758 y 1760, con el objetivo de perseguir a los *«Indios Infieles y Ladrones que hán benido a insultar esta jurisdicción»* (A.Artigas T.I p.129-30).

Lo encontramos también en 1762, en el Cabildo (junto al otro vencedor del Tacuarí, el Maestre de Campo Manuel Domínguez), tratando con los indios minuanes que buscaban un nuevo acercamiento. Seguramente ambas presencias no se justificaban, como cree Maggi porque inspiraran confianza y amistad en los infieles sino por su poder intimidatorio. Sólo habían pasado 11 años de las trágicas jornadas a orillas del Tacuarí.

En 1764 Juan A. Artigas destacó dentro de su larga serie de servicios prestados al Rey y el Común, en idéntica forma como lo hará su famoso nieto cuatro décadas después, las campañas que realizó *«contra los Indios Minuanes, declarados enemigos de esta Ciudad ...»* (A.Artigas T.I p.143).

¿Por qué Maggi no hace una sola mención a estos antecedentes que señalan a los Artigas como leales defensores del Rey y el vecindario de Montevideo o al trascendente combate del Tacuarí que tanto importó en la carrera de armas de Juan A. Artigas y que debió quedar grabado con terrible espanto en la memoria de las tolдерías minuanas?

Por más pirotecnia intelectual que se pretenda hacer hay algo irrefutable: los Artigas representaron de forma paradigmática el modelo de colonizador encarnado por *«aque-llos que atraídos por la conquista de la tierra tuvieron a su cargo la expansión colonizadora y disputaron al indígena los campos para hacer sus labranzas y procrear sus ganados»*, según precisa caracterización de Juan E.Pivel Devoto (*«Raíces coloniales ...»* p.9).

Insistir en lo contrario es falsear su verdadero significado y legado.

II-ARTIGAS EL CHARRUA.

Toda la construcción e interpretación que hace Maggi de Artigas, el artiguismo y los charrúas, se sostiene sobre una serie de originales supuestos que cronológicamente se sitúan en la etapa menos documentada de la biografía de Artigas, entre los 14 y 31 años. Dichos supuestos pueden sintetizarse de esta manera:

A- Durante esos años Artigas vivió con los charrúas pasando a ser un miembro de la tribu.

B- En ese período, como fruto de su unión con una charrúa, nació el indio (mestizo sería en realidad) Manuel Artigas, que se transformaría con los años en el jefe infiel denominado Caciquillo.

C- Los charrúas representaban un modelo social y moral superior a la sociedad hispano-criolla de entonces y en las tolдерías del desierto, Artigas fue iniciado en la «sabiduría charrúa» obteniendo con ello una superioridad espiritual que explica su liderazgo al retornar al mundo criollo.

Analizaremos separadamente estas tres proposiciones.

A- ARTIGAS MIEMBRO DE LA TRIBU CHARRUA.

«Que Artigas integró la tribu charrúa durante muchos años también parece fuera de discusión. Los indicios son coincidentes y muy numerosos» (I:58)

«...Artigas integró la tribu charrúa. No queda otra salida. Sostener que no se sabe nada de la vida de Artigas entre los 14 y 31 años, exige quemar documentos ya publicados. Pero ni aún así se podría disimular la nacionalidad adquirida.» (I:63)

«...Artigas tenía una forma india de ser....Tuve la paciencia de agarrar el archivo Artigas y leerlo todo de nuevo ...leí todo eso muchas veces pero nada más que con una idea: era indio o no era indio, esto me prueba que sí o que no, me sucedió que me dio que sí, porque desde los 14 a los 33 no dejó huella escrita , y en este país solo se podía evitar dejar una huella escrita si se estaba dentro de una tribu, era el único lugar en que no entraba el papel»

Artigas «estaba siempre, deseando volver a casa, para estar rodeado por su gente, aliviado y seguro, en medio de los desiertos del Lejano Norte.»(II)

«Es innegable que Artigas cruzó la línea de las culturas y convivió con los charrúas y recibió de ellos una formación que, por momentos, lo hace superior y absolutamente inexplicable en medio de sus coetáneos de Montevideo»(II)

«Mientras Artigas (un roussoniano sin saberlo) está en el Lejano Norte, integrado a la nación charrúa y vive como un buen salvaje ...»(IV).

Sin duda no hay mejor oportunidad para ensayar las teorías más caprichosas sobre un personaje, hecho o período cuando existe sobre el mismo un vacío documental importante. Vacío que en el caso de Artigas no debe hallarse en ninguna causa extraordinaria sino, simplemente, en que su vida no tenía nada de relevante hasta su entrada en el cuerpo de Blandengues. Nunca fue el Delfín sobre el cual los cronistas de corte dejaban constancia de sus más mínimos detalles desde el nacimiento.

Fueron muchos los muchachones de la jurisdicción montevidéana que a finales del siglo XVIII, viendo que los grandes latifundios habían ahogado la expansión de las pequeñas y medianas estancias en la que vivían sus progenitores, buscaron un mejor futuro en las tierras al norte del Río Negro (ver Fernández Cabrelli, A. T.II).

¿Se internaban en el desierto pasando a vivir una vida salvaje?

Por supuesto que no. Se iban fundamentalmente hacia el sudoeste de la Banda Oriental, a los pagos de Víboras, Espinillo y Soriano, no dependientes de la jurisdicción montevidéana y bases principales del «ilícito comercio» con las tierras de Portugal. Tanto como punto de partida de los faeneros de corambre y los troperos de caballadas y vacunos, como punto terminal de los que al regreso traían tabaco, lienzos y esclavos.

Precisamente lo que está documentado -y que en ningún momento cita Maggi- es su residencia en Santo Domingo Soriano. Los trabajos de distintos investigadores como Justo Maeso y el paciente y tenaz Juan Alberto Gadea -al que tampoco recuerda en ningún momento Maggi - echaron importante luz sobre esos años del joven José Artigas que no son ni tan desconocidos ni oscuros.

En reciente trabajo, el historiador Washington Reyes Abadie sintetiza la información disponible, diciendo: (Reyes Abadie, W. 1996: 23-24)

«Según ha precisado el citado Gadea, Artigas al abandonar los campos familiares de la jurisdicción montevidéana, se estableció en la villa de Santo Domingo Soriano y desde allí desplazándose, periódicamente, a las zonas corambreras nortenas, desarrolló una intensa actividad. Uno de los establecimientos al que concurría más frecuentemente era el ubicado en las puntas del Queguay, a corta distancia del camino real de la cuchilla de Carumbé, por donde sus pobladores se abastecían de ganado y hallaban salida los productos pecuarios. Era su dueño, Patricio José Gadea, Procurador General del Cabildo de Santo Domingo Soriano y uno de los siete hermanos de este apellido, vecinos también del mismo pueblo e hijos del alcalde de 1er. Voto de ese Ayuntamiento. Todos ellos parientes consanguíneos y cordiales amigos del joven montevidéano, el cual, sin más que pensar, tenía a su disposición, allí, para hospedarse, la casa de cualquiera de ellos.

Actuó , por entonces, algún tiempo como asociado de un tal Chatre», en la zona comprendida entre el Arapey y su afluente el arroyo Mataajo

.....
Entre los años de 1794 y 1796, hay noticias de sus andanzas por los territorios del norte del Río Negro y en las zonas limítrofes con el Brasil, haciendo corambre en el Cuareim, en compañía de otros «changadores»; «conduciendo más de cuatro mil animales y al mismo tiempo cogiendo ganado» al frente de «80 y tantos hombres de armas, la más portuguesa».

Indiscutible testimonio de haber sido Soriano el lugar de residencia por largos años de Artigas lo es su relación sentimental con Isabel Sánchez, que en realidad era Isabel Velázquez de Arrúa, de cuya relación nacieron Juan Manuel (1791), María Clemencia (1793), María Agustina (1795) y María Vicenta(1804)(ver idem.p.45).

¿Cuándo vivió Artigas en las tolдерías?. Maggi no aporta un sólo documento de su cosecha - los archivos parece que hace demasiado tiempo que dejó de visitarlos, prefiriendo el ejercicio más limpio de las lecturas seleccionadas - que pueda tan siquiera dar pie a una aseveración tan radical como infundada: *«Que Artigas integró la tribu charrúa durante muchos años también parece fuera de discusión»*(I: 58).

Que debió tener contacto con ellos, seguramente sí. Como los tenían casi todos los que trajinaban con ganado y contrabando con las tierras portuguesas, pues es conocido que uno de los medios de vida que tenían entonces los grupos infieles era el de extorsionar a todos quienes transitaban por la región norte, procurando regalos como tabaco, yerba, aguardiente, lienzos y objetos de metal.

Consúltese los testimonios contemporáneos de José María Cabrer, Andrés Oyárvide, José de Saldanha, entre otros muchos, y se tendrá abundante información al respecto. Precisamente por eso debían ser contingentes importantes los que transitaran por esas tierras de indecisa posesión entre los dos frentes colonizadores imperiales, ya que las tribus infieles sólo atacaban si los favorecía ampliamente la relación de fuerzas, optando por la extorsión o el pedido cuando estaban en desventaja.

Por otra parte, tanto changadores como infieles servían por entonces a los intereses portugueses, no sólo por el ilícito comercio del que participaban sino porque permitían el avance progresivo de las estancias lusitanas hacia el sur. De ahí que changadores, minuanes y charrúas fueran protegidos por las propias autoridades lusitanas quienes los usaban para desgastar y detener el frente colonizador hispano-criollo. Entonces no vibraba en el corazón de Artigas aquel españolismo que luego lucirá en su período de blandengue, cuando se transforme en un celoso defensor de la soberanía real española sobre estas tierras.

Es más que probable entonces que Artigas, como la mayoría de los changadores y contrabandistas de su tiempo, haya tenido contacto con algunos caciques infieles y que ocasionalmente haya llegado hasta alguna tolдерía a negociar ganado y otros artículos. Eso no tenía nada de excepcional, al contrario, era moneda corriente en la áspera frontera. Gonzalo de Doblas en sus «Escritos», 1785, explicó perfectamente esto al señalar que los minuanes permitían:

«.. a españoles gauderios y changadores, que andan por aquellos campos matando

toros para aprovechar los cueros, los que extraen llevándolos a la ciudad de Montevideo, introduciéndolos en ella clandestinamente ... o pasándolos al Brasil por medio de inteligencia con los portugueses del Viamont y Río Pardo, en cuyos parajes introducen los mismos gauderios españoles algunas porciones de ganado de los mismos campos. Pero es mucho más lo que extraen los mismos portugueses, a los que ayudan y favorecen mucho los minuanes, porque los regalan con más frecuencia, dándoles lo que más apetecen, particularmente el aguardiente por medio de lo cual consiguen, no tan solamente el que les permitan matar y extraer el ganado que quieran en sus corambres, sino que, en caso de que alguna partida española los encuentre, los favorecen, no permitiendo se les haga ningún daño.»

De tener este tipo de contactos, como vemos nada excepcionales, a «*integrar la tribu charrúa durante muchos años*» hay un abismo. Por otra parte, es sabido también que más allá de circunstanciales momentos de conveniencia mutua, entre los changadores, gauderios y los indios infieles existían un esencial antagonismo. Luchaban por el dominio de un mismo territorio y, especialmente, por los ganados existentes sobre él, de ahí que lo más frecuente eran las relaciones violentas entre ellos. Pensar que Artigas pudo ponerse, entonces y después, por encima de las contradicciones sociales, de las luchas interétnicas de su tiempo y de la bravía y sangrienta realidad de la campaña oriental es hacer abstracción o mitología.

Quienes se refugiaban en las tolдерías infieles, y eran acogidos generalmente con generosidad, eran aquellos individuos que tenían cuentas pendientes con la sociedad criolla, perseguidos de la justicia por robo, violaciones o asesinatos. Estos, con frecuencia, pasaban a ser baqueanos y hasta líderes de los malones indígenas sobre estancias y poblaciones criollas para vengar cuentas personales y realizar saqueos. De estos hechos, harto frecuentes entonces, sí existe importante documentación tanto para la Banda Oriental (véase por ejemplo W. Lockhart «Vida cotidiana en la Colonia») como para los similares casos de las fronteras indias del sur de Chile y Argentina.

De haber estado integrado a la vida de la tribu, Artigas debió participar de sus malones, de los ataques a las estancias u pueblos, de los asesinatos de hombres y jóvenes y la captura de mujeres y niños. Nadie que por entonces era adoptado como infiel en una tolдерía se sustraía a esas acciones que definían su *modus vivendi*.

La sociedad criolla del norte del Río Negro, la sociedad de Soriano y otros pagos que lo adoptaron como un miembro más y que con los años lo reconocieron mayoritariamente como Caudillo ¿no sabían u olvidaron que Artigas participó de los malones infieles contra ellos mismos?, ¿olvidaron que robó y mató junto con «su tribu»?

Nada de esto se cuestiona, y menos responde, Carlos Maggi.

B-EN LAS TOLDERÍAS NACIO UN HIJO DE ARTIGAS, EL CACIQUILLO.

«La relación secreta de Artigas con la tribu charrúa está probada y es incesante a lo largo de cuatro décadas. El Caciquillo puede estimarse, nació hacia 1785, cuando Artigas tiene 21 años, y la unión de padre e hijo dura hasta el exilio en el Paraguay» SIC??

«Engendró varios hijos naturales; entre ellos un cacique charrúa.» (VIII).

Con lo expuesto parece difícil aceptar ese largo período de residencia iniciática en las «sabias» tolдерías indias. Pero además de argumentaciones de tipo social y económicas vayamos a aspectos más cotidianos de la existencia que es donde existen las mayores barreras culturales a vencer. ¿Constituían las tolдерías ambientes tan agradables y confortables como para que cualquier persona educada en la sociedad hispano-criolla pudiera convivir en aquellas? El salto podía realizarse pero al costo de un gran esfuerzo.

La mayoría de quienes estuvieron en contacto directo con los infieles hablan de que despedían olores realmente desagradables, producto de la grasa de carpincho y otros ungientos con que cubrían sus cuerpos. Recordemos, según el testimonio de Pernetty (1764) que en Montevideo al llegar los minuanes cerraban puertas y ventanas pues su fuerte hedor quedaba impregnado por muchos días. Casi setenta años después el viajero sueco C.E.Bladh ratificó ese testimonio.

A estos aromas en las tolдерías se sumaba el de los desperdicios de huesos y carnes pútridas que restaban de la alimentación. Según Saint Hilaire («Viagem ao Rio Grande do Sul») esto era reconocido por los propios indígenas, quienes manifestaban que una de las causas de su nomadismo era por los olores y las moscas que rápidamente invadían sus campamentos.

Tampoco olvidemos la gran adicción que por igual hombres y mujeres infieles tenían por el aguardiente lo que provocaba borracheras colectivas en las tolдерías.

¿En tales circunstancias pudo vivir Artigas en una tolдерía, acompañando el nomadismo de la tribu, venciendo tan singulares fronteras culturales respecto a vestimenta, higiene y alimentación?. Seguramente ninguna de esas condiciones eran insalvables como para impedirselo, pero tampoco eran tan inocuas como para hacer total abstracción de ellas al plantear tal proposición.

Artigas nunca fue un gaucho, aunque convivió y se valió de ellos. Fue siempre un paisano.

Quienes conocieron a Artigas siempre destacaron la sobriedad en el vestir pero nunca señalaron su desaliño, semidesnudez o suciedad. Al contrario, sin duda lucía su austeridad con elegancia, como hombre que siempre se supo atractivo y con dotes superiores a muchos. Recordemos entre tantos testimonios el tantas veces citado de su sobrina Josefa Ravía, quien decía:(Reyes Abadie, W.,ob. cit. p.21)

«En cuanto al carácter personal de Artigas, lo tengo muy presente, porque desde niña he estado oyendo diálogos de tía Martina Artigas, hermana del tío Pepe... Ellos decían

que tío Pepe era muy paseandero y muy amigo de sociedad, y de visitas, así como de vestirse bien a lo cabildante (alias cajetilla); y que se hacía atraer la voluntad de las personas por su modo afable y cariñoso»

¿Podía mimetizarse tanto un ser para ser líder en dos mundos tan diferentes?

Realmente parece totalmente infundado que Artigas haya vivido en una tolдерía por largos años. Tampoco puede afirmarse como verdad incuestionable que haya mantenido una relación amorosa con una infiel en tales circunstancias.

¿Me mueve algún prejuicio a los que alude Maggi al hablar así? En absoluto. Ya he dicho que tengo la satisfacción de haber sido de los primeros en decirle a los uruguayos que tenemos una herencia de sangre india mucho más importante de lo que tradicionalmente se reconoció y que debemos reconocerla con orgullo.

El conocimiento que tenemos hasta ahora nos inclina a desechar en gran medida la relación sanguínea entre el cacique y Artigas. Bajo pretexto de existir supuestos pactos de ocultamiento en la tan manoseada expresión «historia oficial», la Historia no puede ser concebida como un campo de expresión de deseos o de ocurrencias caprichosas sin fundamento testimonial alguno.

Andresito, el célebre líder guaraní-misionero, también era tratado como hijo por Artigas y sabemos que no existía un vínculo de sangre, sino que aquel había sido adoptado por el blandengue quien lo llevaba con él en las diferentes misiones, incluso incorporándolo al Cuerpo de Blandengues (véase Jorge F.Machón «Artigas, Gobernador de Misiones»).

Pudo, también, tener un hijo con una china ex-infiel que habitara el mundo criollo. En Soriano, en Espinillo, en Paysandú y en algunas estancias vivían chinas charrúas y minuanas, pero no mantenían los hábitos de las tolдерías. Capturadas en algún enfrentamiento o refugiadas por su propia voluntad, habían adoptado las pautas de vida de la sociedad criolla, generalmente se mimetizaban con las chinas guaraníes o tapes que eran la absoluta mayoría. Sin embargo no se conoce registro eclesiástico u otro testimonio - como sí existen para otros casos- que avale tal hecho.

¿Quién era entonces el Caciquillo?

En principio es más probable que no fuera charrúa sino minuán, tal como lo demuestra documentación de 1804 (A.Artigas T.II p.285,305) y parece ratificar el testimonio de Larrañaga («Escritos» T.III p.174-5).

El minuán Caciquillo pudo ser un joven infiel que se haya reunido a Artigas cuando éste, en calidad de jefe de changadores, capataceaba grupos de varias decenas de hombres o haber sido capturado por el ya blandengue Artigas en alguna acción punitiva contra la tribu.

De pronto ni tan siquiera existió la relación de adopción o tutoría. Resulta realmente extraño que en 1804, cuando Artigas defendía celosamente los intereses españoles el Caciquillo estuviera aliado a los portugueses (A.Artigas T.II) y que incluso, a través de actuaciones de Artigas, fuera inculcado de graves delitos (idem.:p. 284,305) que provocaban acciones punitivas por parte de las autoridades coloniales.

Es posible, incluso, que sin mediar conocimiento previo, la fama en la frontera del oficial de blandengue decidiera al jefe minuán a adoptar el apellido del ya conocido

blandengue en los años inmediatamente anteriores a 1811, en acción por demás común entre los infieles, como lo registra el clásico testimonio de Benito Silva. Ellos adoptaban como emblema de poder dentro de su grupo el nombre de figuras de renombre del mundo hispano-luso-criollo, sin necesidad de vinculación personal alguna, caso de los conocidos Brown, Rondeau, Barbacena.

Pero hay algo más importante que la paternidad real o adoptiva de Artigas sobre el Caciquillo.

Estimo que la relación Artigas-Caciquillo no se explica porque Artigas haya pertenecido y adoptado las pautas culturales del «mundo infiel», sino al contrario. El Caciquillo fue el hombre de «ambos mundos», el infiel y el cristiano.

La documentación es elocuente en mostrar que no es Artigas el que se parece a los charrúas, es el Caciquillo que sabe, cuando es necesario, comportarse como un cristiano. Totalmente reveladoras a este respecto son las palabras de Bartolomé Muñoz cuando apunta en su Diario, en Julio de 1813,: (Arch. Artigas T.XIII:255)

«Llegaron oi los Indios charruas; fue preciso hacerlos acampar a 3 leguas de distancia p.r su conducta incibil, aunque su Gefe Caciquillo Dn. Manuel Artigas muy tratable»

Y Larrañaga lo confirma totalmente cuando al describir a los minuanes que estaban, en Febrero de 1813, en el Campamento del Santa Lucía Chico, manifiesta que tuvo oportunidad *«de tratar con los Caciques Minuanes que acompañan y aman tiernamente al Gefe de este Exercito»*, pero inmediatamente precisa que sólo uno de ellos comió con Artigas, en la mesa, como lo hacía un individuo del mundo hispano-criollo no a la usanza charrúa: (Larrañaga, D.A.1924: 174)

*«uno de ellos comió con su muger en la mesa del General, habiendo dejado en su tolde-
ría otras dos mugeres suyas, que por lo visto son polígamos»*

Parece casi seguro que el único cacique que podía compartir *«la mesa del General»* era el Caciquillo, porque en determinado momento de su vida habitó el mundo criollo-cristiano. Allí aprendió el castellano así como otros saberes. Y cuando volvió a las tolдерías - como en tantos casos similares - se transformó en líder, pues poseía el conocimiento de ambos mundos. Reitero, parece evidente que Caciquillo era el hombre de dos mundos, no Artigas.

Por otra parte lo del Caciquillo no fue tampoco nada singular o excepcional. Desde el siglo XVII fue un fenómeno frecuente que el liderazgo en las tolдерías lo ocuparan aquellos que por distintas circunstancias conocían el mundo hispano-criollo por dentro (véase al respecto los escritos del jesuita Antonio Sepp). Indios o mestizos, que habían sido capturados y adoptados por familias criollas o nacidos en reducciones, optaban por la vida en las tolдерías, alcanzando rápidamente el liderazgo de las mismas.

Jorge Pacheco en 1801 logró tomar prisionero a otro arquetipo de estos seres de «dos mundos». Se trataba del cacique minuán Pedro Ignacio Salcedo, charrúa de nación,

catequizado por un misionero franciscano junto con su padre el cacique Dn. Miguel en la reducción de Cayastá, en Santa Fé. Vivió allí hasta los 34 años, abandonó a su mujer y se incorporó a los minuanes y *«mientras existió con los Ynfieles fue el más terrible azote de nuestros Poblados»*. *«El indio Ygnacio ... habla el castellano con bastante propiedad, perfectamente el Guaraní, Charrúa y Minuan ...»*(Acosta y Lara,E. 1961:207-208).

Esos seres son paradigmáticos a nivel de la historia humana, siempre presentes con papel relevante en los fenómenos conocidos como de relaciones fronterizas interétnicas.

No sigamos creyendo que nuestras cosas, hechos o figuras han sido únicos o excepcionales a nivel universal. Idénticas situaciones y tipos humanos se han repetido infinidad de veces.

Tal vez uno de los casos más ilustrativos y próximos de fenómenos similares lo tengamos en la historia de la frontera argentina con las etnias pampas y araucanas. Realidad mucho mejor documentada que la nuestra. Allí, indios, blancos o mestizos nacidos, o que vivieron en determinado momento en el mundo de «los blancos», volvían a las tolderías pasando rápidamente a encarnar roles de liderazgo.

Especialmente parangonable con el caso de Artigas y el Caciquillo fue la existencia del indígena Mariano Rosas, quien vivió en una de las estancias de Juan Manuel de Rosas y de quien adoptó el apellido. Al volver a las tolderías alcanzó el rango de cacique mayor de las tribus pampas, interviniendo en más de una vez en las guerras civiles del mundo cristiano a través de temporales alianzas.

Seguramente la lectura de «Una excursión a los indios ranqueles», de Lucio V. Mansilla, debería ser un título de lectura inexcusable para quienes se interesan por los temas indígenas en estas tierras.

C- ARTIGAS INICIADO EN LA SABIDURIA MORAL DE LOS CHARRUAS.

«...la cultura charrúa aparece como francamente superior a la cultura de los conquistadores y colonos que sometían, explotaban y aun esclavizaban a sus semejantes...».
«Es verdad que Artigas recibió de esos indios una concepción superior de la sociabilidad, una exigencia ética mayor, una visión fraternal de la comunidad integrada por iguales. Esta es la nota que lo hace diferente, incomprensible, dentro de la política de la revolución. La fuerza de su carácter, el instinto para elegir los caminos de la libertad, su empeñamiento único, le surgen naturalmente, invenciblemente; están encuadrados en una concepción del mundo, una filosofía diferente y mejor; por eso Artigas habla y actúa de otro modo, como ninguno de sus contemporáneos; lleva en sí un sentimiento selvático de libertad y un sentimiento fraterno de la relación humana.....»

Artigas vivió su juventud azarosa donde todavía «el Uruguay y el Plata vivían su salvaje primavera». Rodeado por la fraternidad de todos ante una naturaleza inabarcable y no en medio de un mundo político, civilizado (las dos palabras están nombrando «ciudad»), coactivo, individualista.»(I: 58-59); *«...gente más buena aunque más desamparada»* (I:157).

«Hay una biografía india de José Artigas ... es en esa relación con los charrúas donde están las claves para entender su vida y su revolución»(II).

«Es innegable que Artigas cruzó la línea de las culturas y convivió con los charrúas y recibió de ellos una formación que, por momentos, lo hace superior y absolutamente inexplicable en medio de sus coetáneos de Montevideo.»(II)

No hay nada más fácil de idealizar que lo que ya no existe. Toda adjetividad superlativa ya no tiene influjo sobre la realidad y hasta parece ser un sano ejercicio de autoayuda para convencernos a nosotros mismos, y a los demás, de cuan éticos somos.

Si será conocido este fenómeno en Uruguay que después que se exterminó a los charrúas, que se derrotó a los líderes militares rurales y las montoneras, que se abandonó al paisanaje oriental a su suerte, nos hemos pasado más de un siglo cantando himnos, declamando poesías, levantando monumentos y haciendo sus imágenes fetiches de identidad, tanto para consumo interno como externo.

Nada se arriesgaba al realizarlo, pues ya no existían, no molestaban y entonces podía procederse libremente a todo proceso de sublimación y exaltación «patriótica».

Al contrario de lo que manifiesta Maggi, durante más de un siglo en el Uruguay se promovió una visión totalmente romántica y maquillada de los charrúas, declarados mitos nacionales. ¿Cómo explicar, de lo contrario, que tempranamente se los llevó al bronce?.

La simbiosis de los dos mitos fundacionales principales, Artigas y los Charrúas, ya fue ensayada por autores que he citado.

Hoy, al morir el siglo XX, ese idilio mitológico alcanza con Carlos Maggi su expresión más plena. Artigas ya no es el hombre de la sociedad hispano-criolla que logra la excepcional alianza del charrúa infiel contra los enemigos de los orientales, según la visión tradicional. Ahora se trata que Artigas era en realidad, espiritualmente, un charrúa y toda su excepcionalidad se explica por la sabiduría recibida en las tolдерías.

La idealización de Rousseau del «buen salvaje» -tan cara y empecinadamente adherida a la forma de pensar de ciertos intelectuales - se hace carne en Maggi. La tolдерía charrúa es el reino de los hombres buenos, de los sentimientos virginales, la ciudad - en la que, presumo sin saberlo, siempre ha habitado Maggi - es el territorio de la maldad y la humanidad degradada.

Todo eso no es más que fábula. Pura abstracción intelectual, idealización comprensible, tal vez, si se tratara de hacer Literatura, pero injustificada y hasta irresponsable si se trata de hacer Historia.

Durante tres siglos los grupos de cazadores nómades desarrollaron distintas estrategias para la adaptación y sobrevivencia (véase del autor: «Salsipuedes: conclusión del conflicto interétnico Charrúa-Guaraní»).

Ya desde tiempos prehispánicos participaban del tráfico humano que existía en la región rioplatense, práctica para obtención de bienes que continuaron realizando durante buena parte del período colonial (véase Juan F. Salaberry «Los charrúas y Santa Fé»). Rápidamente se volvieron sumamente hábiles en la intriga y en simular adhesión, ya fuera con españoles, portugueses o misioneros, alternada o simultáneamente.

Estrategia que les permitía sacar siempre provecho material de sus frágiles promesas de alianza o transitorias «conversiones».

¿Es eso condenable?, en absoluto. Ellos hacían su propio juego tal como las circunstancias se lo permitían.

¿Qué sabiduría podían poseer los indígenas nómades después de tres siglos de iniciada la conquista?

Sus saberes tradicionales habían sido profundamente alterados con la muerte de los ancianos en sucesivas campañas punitivas. Como lo reconocen de forma unánime las crónicas, eran el principal refugio de todos aquellos que tenían cuentas pendientes con la sociedad criolla, usando éstos a las tribus para vengar sus agravios personales, incitando y guiando los malones. Además, eran absolutamente dependientes del mundo hispano-luso-criollo para la obtención de bebidas alcohólicas, yerba, tabaco, vestimenta y objetos de metal, recurriendo a cualquier medio con tal de obtenerlos.

Sembraban el terror cuando encontraban poblaciones o estancias indefensas, así como a fuerzas enemigas en inferioridad numérica o simples transeúntes. Mataban entonces sin piedad a sus enemigos.

Vengaban así tantos agravios, algunos dirán. Correcto. Pero los hechos son los hechos y no puede hablarse de superioridad moral o de una mítica fraternidad.

Los infieles se manejaron durante tres siglos con una conducta ética legítima de acuerdo a su conveniencia pero, sin duda, riesgosa: no tener aliados permanentes sino intereses permanentes. Decir lo contrario y mostrarlos como simples víctimas de un sistema colonial perverso es ignorar o falsear la realidad.

De todo esto, y muchos otros aspectos que podrían sumarse, documentados en infinidad de fuentes -que brillan por su ausencia en la revelación de Maggi - nada se dice en pro de continuar alimentando un mito charruísta que colectivamente no nos conduce a ningún lado.

Tampoco a esta altura del conocimiento histórico rioplatense se puede tolerar un nacionalismo bravucón trasnochado, que pretenda demostrar la superioridad charrúa frente al guaraní-tape como pretende Maggi:

«Aquí radica la diferencia esencial entre los guaraníes agricultores, los indios tapes reducidos, y los charrúas, sueltos y bravos, no sometidos a ninguna coacción, ajenos a cualquier tributo o prestación personal.»(I: 58).

¿Cómo puede establecerse jerarquías de superioridad a partir de supuestos niveles de coraje o valentía con total abstracción de los sistemas socio-económicos que diferenciaban radicalmente a los cazadores recolectores de los cultivadores que habitaban en aldeas?. Diferencias que son el verdadero fundamento de las disímiles actitudes que charrúas y guaraníes tomaron ante la conquista y colonización hispánica.

¿Empecinados tras un inconducente e insostenible nacionalismo charruísta, seguiremos negándole al guaraní el carácter esencial de verdadero basamento cultural indígena, común para buena parte de Brasil, litoral argentino, Paraguay y el propio Uruguay?

III-EL CHARRUA BLANDENGUE.

«Artigas deja la tribu charrúa en 1797 y acepta ingresar a la policía montada que actúa al servicio del rey de España en el lejano norte.»(I: 79)

Sin duda la prueba más difícil por la que tuvo que atravesar la imaginación de Maggi al rastrear y reconstruir idílicamente el vínculo de Artigas con los charrúas, debió ser abordar el período en el cual se desempeñó como blandengue.

Tanto en el Artigas fuera de la ley como en el Artigas líder revolucionario, la alianza con las tolderías se explica dentro de la lógica de cada contexto: en el primero la unión entre dos elementos que coincidían en actuar por fuera del marco jurídico colonial, en el segundo los objetivos revolucionarios que obligan a sumar fuerzas sin reparar en otros aspectos. Pero establecer una relación de intereses comunes y encontrar indicios de ellos entre el blandengue -que por esencia representaba el orden hispánico en la campaña- y los charrúas -principal encarnación del contraorden que aquellos combatían - realmente suponía un desafío que exigía la máxima calidad creativa de Maggi. Y realmente actuó de acuerdo a sus antecedentes, revelándonos «verdades ocultas» realmente fantásticas:

A- El blandengue Artigas nunca persiguió y, menos que menos, mató charrúas.

B- Artigas fue un agente charrúa infiltrado en el mundo hispano-criollo.

C- Los campos que solicitó y obtuvo en Arerunguá se convirtieron en una reserva charrúa.

A-ARTIGAS NUNCA ATACO NI MATO CHARRUAS.

«¿Cómo es posible que el capitán Artigas - el coquito de la campaña- haya perseguido implacablemente a changadores y malevos y también, furiosamente, a los indios malos y sin embargo nunca, jamás en su vida, haya tocado a los charrúas?»(I:63)

«Artigas no aprisiona jamás a un charrúa ...»(I:64)

«¿Atacó (Artigas) a los charrúas alguna vez?.No hay documento que lo indique; por el contrario, lo que se haya escrito en una y otra ocasión, prueba que Artigas jamás atacó a esa tribu, atacó sí, a sus enemigos y protegió, sin excepción, a los suyos».(I:82)

«Los papeles dicen que Artigas jamás atacó a la nación charrúa, aún cuando tuviera órdenes concretas de hacerlo»(II).

Concebir que un blandengue durante catorce años haya podido: actuar a lo largo de la bárbara frontera; cumplir exitosamente distintas misiones todas coincidentes en pacificar esas tierras extendiendo la colonización hispano-criolla cada vez más al norte; merecer la gratitud casi unánime del numeroso vecindario colonizador que lo fue paulatinamente reconociendo como garantía para sus vidas; realizar una vertiginosa carrera de ascensos acompañada de elogiosos juicios de diversos autoridades coloniales Recapitulemos. Hacer todo eso y no haber enfrentado a charrúas y minuanes ocasionándoles bajas, realmente habría sido un prodigio.

Sin embargo Maggi lo demuestra ... claro que al alto precio de olvidar muchos documentos que contradicen su teoría - pese a estar junto a los que utiliza - o dando una interpretación totalmente caprichosa a los mismos.

El propio Eugenio Petit Muñoz, una de las principales figuras del culto y exaltación de Artigas, en su clásico trabajo de 1950 («Artigas y los indios»), admitió como verdad incontestable que: **«El blandengue apresa y mata indios».**

Artigas persiguió y mató charrúas ... por más que a los fabricantes de mitos les cueste admitirlo. No sólo eso, sino que su exitosa acción en tal sentido, fue determinante para ganarse un sólido prestigio entre la población del territorio norte de la Banda Oriental y para realizar una importante carrera de ascensos en el Cuerpo de Blandengues.

Que no los persiguió con saña y que cuando era posible evitaba enfrentamientos con ellos también es cierto. Pero esa conducta no obedecía, en lo fundamental, a determinaciones del propio Artigas, sino que tenía su principal fundamento en las propias directivas que regían y orientaban la acción de los blandengues en la frontera por mandato superior. No era un cuerpo destinado al exterminio de los infieles sino a promover su reducción o paulatino retiro hacia el norte, dejando tierras libres para el avance de la colonización hispana. Esto está registrado en el Archivo Artigas.

En Noviembre de 1798 el propio Virrey, Antonio Olaguer y Feliú, ordenaba a Artigas la conducta que debía seguir al respecto:(A.Artigas T.II:80)

«Los citados Minuanes y Charrúas que se encuentren en disposición de poder inbadirnos deben ser tratados como enemigos respecto a sus recientes hostilidades que obligaron a este Gobierno a despachar una expedición para escarmentarlos y a lo que no obstante han continuado cometiendo; pero a los que se rindieron o se hallasen en sus tolдерías sin preparatibos que hagan conocer su disposición a inbadirnos no han de tratarse con rigor y solo sí ha de intimárseles (vajo las más serias conminaziones) que se abstengan de toda hostilidad contra nosotros que no los procuramos ofender sino quando nos obligan a ello con sus invasiones y robos»

Sin embargo ese trato pacífico no siempre era posible y menos aún a finales de siglo XVIII, cuando el estrechamiento sobre las tolдерías infieles se fue haciendo más intenso. Y, sobre todo, cuando los indígenas actuaron claramente como aliados de los por-

tugueses, quienes estimulaban sus ataques y depredaciones, haciendo su accionar cada vez más beligerante.

Veamos algunos ejemplos:

Set.1797.-Artigas da cuenta de haber hecho prisioneros a *«ocho yndios entre chicos y grandes ynfieles»* luego de un ataque que sufrió su partida, habiendo matado un blandengue a uno *«porque Estos yndios están echos Atropellar las partidas ...»*(Arch. Artigas T.II:29) Poco después Artigas remitirá a Maldonado - con destino a ser repartidos - a tres chinas, dos muchachos y dos niños (Arch. Artigas T.II:31).

Jul.1797-Mar.1798. Según las propias palabras de Artigas durante ese período *«...permanecí en la Campaña ..haviendo atacado a los Yndios infieles por tres ocasiones, cogidos algunos Prisioneros, quitadoles mucha Cavallada ...»*(A.Artigas T.II:259).

Oct.1798-May.1799. Ante la muerte del Capitán Francisco Aldao, que comandaba 120 hombres destinados a castigar a los infieles, asume el mando Artigas *«...y seguidamente castigué a los Yndios apresando barios, Matando otros y quitándoles muchos Cavallos...»*(A.Artigas T.II:260).

Ag.1804-Artigas con sus blandengues, estando en las puntas del Tacuarembó, tiene un choque con los indios *«dandole muerte á dos delos Infieles, hiriendo a muchos ...»*(A.Artigas T.II:333).

May.1805-Artigas como integrante de las fuerzas de Francisco Xavier de Viana localiza en las Puntas del Guirapuitá una *«Toldería delos Ynfieles»* *los que fueron atacados, matando a «veinte de aquellos Barbaros ...»*. Capturaron entre mujeres y niños a veintitres, muriendo *«de sobreparto la muger del difunto Casique ...»*(A.Artigas T.II:404)

1805- Al reseñar sus servicios en el Cuerpo de Blandengues.señala que *«...ha hecho cinco considerables Campañas, en las que ha desecho y destrozado diferentes quadrillas de Yndios Ynfieles»*, agregando que en la campaña que en ese momento desarrollaba *«comisionado por el actual Virrey Marqués de Sobremonte ...por la repetición delos robos é irrupciones con que los Barbaros ostilizaban las vidas y Haciendas delos Criadores y Hacendados»* había aprendido más de setenta *«Ynfieles, Ladrones y Contravandistas...»*(A.Artigas T.II:412-3).

¿Cómo interpreta Maggi toda esta documentación? Pues lo soluciona de forma brillante: los tan mentados «infieles» no son charrúas ni minuanes (I:82;118;123-24).

¡¡Fantástico!! Centenares, sí, centenares de documentos desde el siglo XVII hasta comienzos del siglo XVIII identificaron de forma indubitable a los grupos cazadores-nómades de yaros, bohanes, charrúas y minuanes, como los «infieles», por contraposición a los sedentarios que aceptaron evangelizarse, mayoritariamente guaraníes y guaranizados. Pues resulta que Maggi de un plumazo -y sin molestarse en utilizar la menor argumentación y menos demostración- ignora olímpicamente toda esa documentación de época para señalar que los infieles no eran los charrúas.

En el propio Archivo Artigas que ha utilizado con fruición, pero como vemos de una forma muy personal, tiene abundante información que demuestra sin dejar la menor duda que «los infieles» eran los charrúas y minuanes.

¿Quiénes eran entonces los infieles? Como gran respuesta el autor nos dice : *«son los*

peores ..indios malos»(???)(I:118,124).

No satisfecho con el asombro provocado en sus lectores, el autor demuestra que aún hay mucho más... Al tratar la campaña de Francisco Xavier de Viana de la que participó Artigas, nos revela que también eran infieles los indios tapes (I:124).

Entonces ahí cierra perfectamente la tesis. Artigas llevó al «ignorante» Viana a atacar guaraníes no charrúas. Según Maggi Artigas reiteradamente atacaba tapes pues eran enemigos de su gente,su tribu (I:85).

¿En qué se basa Maggi para decir que los infieles que castigan las fuerzas de Viana y Artigas son tapes? En esta oportunidad es mucho más generoso en su argumentación. Porque las mujeres y niños prisioneros lucían en sus cuellos monedas portuguesas, camisetas de algodón y ponchos de paño azul...(I:124).

Decir eso es desconocer la historia de casi tres siglos de relaciones interétnicas en la región rioplatense, relaciones de las cuales los infieles charrúas y minuanes participaron activamente. De más está citar documentación que es abrumadora y conocida. Pero Maggi destaca un argumento principal para negar el carácter de charrúas a esos «infieles: la mujer del cacique muerto antes de fallecer por sobreparto recibió por su voluntad el bautismo (I:125).

Con el paradigma mitológico de charrúa con el que opera Maggi no hay lugar para el cristianismo. De acuerdo a ese razonamiento la superioridad charrúa hizo que rechazaran la evangelización, sólo el tape -»servidores sumisos», por los que Maggi evidencia poca simpatía- aceptaron el yugo del cristianismo.

Pero hay otros curiosos olvidos ... Por ejemplo el de que Artigas no sólo persiguió, atacó y mató charrúas sino que cobró especial recompensa por ello. Sí, así fue, aunque muchos se hagan los distraídos al respecto.

¿Y de quién recibía plata Artigas por perseguir a los indios? De los HACENDADOS ... los mismos por los que Maggi demuestra tener poca simpatía (I: 37, 85, 96,101). Claro que no es el único intelectual uruguayo que manifiesta esa aversión.

¿Por qué Maggi no cita en ningún momento el reclamo que realizó Artigas ante el Virrey, el 22 de Mayo de 1806?. Vale la pena recordarlo :(Arch. Artigas II:422)

«Quando la Comición que V.E. se digno conferirme para atacar á los Indios Infieles en el año de 1804 la Junta superior de Vecinos que subsistia antes que conluyesen los de este año de 1806 me ofrecieron regalarme 500 pesos á mi regreso ...»

Una vez más la construcción de los mitos pasa por una memoria selectiva.

B- ARTIGAS:AGENTE CHARRUA INFILTRADO EN EL MUNDO HISPANO-CRIOLLO.

«Exterminar a los charrúas era la intención de los hacendados codiciosos; Artigas peleaba por lo contrario: actuaba como agente de los infieles y haciendo un juego doble: era «el coquito de la campaña , el niño mimado de los jefes» como dirá José

María Salazar- era el mejor policía rural; sólo que atacaba únicamente, a los malhechores, a los portugueses y a los indios ...tapes»(I: 101).

«Los ataques de Artigas van dirigidos contra los tapes, enemigos tradicionales de los charrúas. Los tapes son los servidores sumisos de los conquistadores y de los hacendados; muy seguido, son usados para destruir a los indios rebeldes»(I:85).

Para desechar totalmente caprichosas afirmaciones como las referidas parece suficiente lo que hasta el presente hemos mostrado. Pero cabe agregar algo más, pues no pueden dejarse pasar algunas burdas tergiversaciones que Maggi realiza.

En primer término: ¿cuándo persigue Artigas a los indios guaraníes-misioneros o tapes? Sólo después de 1801, cuando los lusitanos han tomado los Siete Pueblos Orientales y sus habitantes pasan a ser considerados por las fuerzas hispano-criollas como «portugueses». Después de casi dos siglos de enfrentamientos, el frente expansivo lusitano pasa a tener como aliada -de forma forzada- a una parte de la población tape y Artigas, acérrimo defensor de los derechos territoriales españoles, obra en consecuencia. Por eso ataca y captura a los indios misioneros cuando venían a realizar vaquerías a sus estancias, en forma legítima sin duda pues dichas tierras aún les pertenecían.

Tanto en el Artigas blandengue como en el posterior Artigas jefe revolucionario, sus relaciones de trato, simpatía o amistad con las distintas etnias indígenas, seguramente sinceras, no dejaron de estar siempre subordinadas a lo que demandaban los propósitos fundamentales de su accionar. Cuando blandengue será contemplativo con el indígena que no se oponía a su propósito principal de extender y consolidar el frente colonizador hispano-criollo y dar seguridad a los paisanos y hacendados. En su etapa de Jefe Revolucionario esos sentimientos estarán subordinados al objetivo principal del triunfo de su causa.

En segundo lugar. No puede llevarse la singularidad de Artigas al grado ridículo de creer que sólo él era el único vivo en su tiempo y que todas las autoridades españolas, camaradas de armas, hacendados y vecinos eran unos tontos, que durante más de una década tuvieron un «charrúa» infiltrado en sus filas sin darse cuenta. Por favor, los lectores merecen ser respetados ...

En 1805 el Gobernador de Montevideo, Ruis Huidobro, recomendaba muy especialmente a Artigas ante el Virrey en virtud de ***«los servicios que este oficial há contraydo en las varias ocasiones que ha sido comisionado contra los Indios de esta Campaña, constandome vastante en el tiempo demi mando su actividad y desempeño»*** (A.ArtigasII:418).

Artigas ganó su prestigio en la campaña persiguiendo malhechores, repartiendo tierras y atacando a los indios infieles cuando estos avanzaban sobre el frente colonizador hispano. No existía otra posibilidad para llegar a ser entonces ***«el Coquito de la campaña»***.

Como él mismo lo precisó en 1804, los pobladores de la frontera y sus superiores eran quienes mejor conocían de todos sus trabajos y esfuerzos en esos años:(Arch. Artigas T.II:334)

«... a favor de las Armas del Rey y de la Patria, en exterminar los Indios (infieles) que los hice ganar hasta los Pueblos de Misiones: de modo que el vecindario vivían todos descuidados en sus Estancias.»

El odio al infiel -al que se lo acorralaba cada vez más - era un sentimiento compartido por la absoluta mayoría de la población rural, común a pobres y ricos. El deseo de orden y seguridad no sólo pertenecía a los «hacendados» como Maggi y otros escritores, con una visión estrechamente clasista de la Historia, pretenden hacer creer. La posibilidad de vivir con seguridad y en orden era un deseo común a los que tenían mucho y a los que tenían poco y los infieles eran uno de los obstáculos principales a ese propósito.

Imposible entonces que Artigas, «el charrúa», pudiera ser líder por elección de una colectividad que era visceralmente anti charrúa. Salvo, como supone Maggi, que todos fueran estúpidos ... menos Artigas.

Parece también muy difícil de comprender, a la luz de la tesis de Maggi, la actitud de Artigas de acusar en reiteradas oportunidades a los charrúas - su propia tribu, según el citado autor - por las tropelías que cometían y su alianza con los portugueses. Estas inculpaciones eran, precisamente, las que movían a las Autoridades a emprender campañas punitivas contra los charrúas y minuanes. ¿Cómo se explica esa actitud de Artigas estimulando con sus denuncias los ataques contra las tolдерías infieles, según Maggi sus «hermanos»?

De los numerosos ejemplos veamos sólo uno de ellos, donde por boca del propio Artigas queda aclarado que decir «infiel» era decir charrúa.

En 1804 desde el paso de Pereira, en el Queguay, Artigas le escribe al Virrey Rafael de Sobremonte diciendo:(Arch.Artigas T.II p.277)

«Estos Ynfieles Exm.o Señor se hallan mezclados con los Yndios delos pueblos Guaranis y unanímés con los portugueses: A estos sepa V. Excelencia que los Ynfieles no les roban sus Haciendas; ni menos dan muerte a ninguno de la nación referida, y bendén lo que roban estos Charruas en nuestras Estancias a los mismos Portugueses a cambio de trato de Aguardiente, Lienzo de Algodón, Tabaco, hierba y Cuchillos».

C- ARERUNGUA:RESERVA CHARRUA.

«Se limitó a inventarles lo que mucho después se llamaría «una reducción»: consiguió una estancia en propiedad, 105.000 hectáreas y los alojó en ese campo para que vivieran a su manera nómade.» (IV).

Al respecto Maggi vuelve a demostrar un descarado desdén por toda evidencia que pueda enfrentar su tesis.

1-»*El hecho es muy raro, no conozco ejemplos de donaciones semejantes, hechas en ese*

tiempo ... resulta absurdo que de pronto, Artigas haya decidido ser estanciero en un lugar imposible, en medio de la Sierra inhabitable» (II).

1) Donaciones iguales y superiores se realizaron antes y después de la citada. Nada de extraordinario tuvo la misma y su razón y extensión se explica, sin duda, por la excepcionalidad de los servicios que le había prestado el veterano blandengue Artigas al Jefe Xavier de Viana.

Dicha región fue durante casi todo el siglo XVIII reconocida por la Corona como perteneciente a las estancias de Yapeyú y los siete pueblos misioneros orientales. En el último cuarto de ese siglo se intensificó el interés por la posesión de tierras, produciéndose innumerables conflictos pues a los citados derechos se fueron superponiendo otros emanados de compras realizadas en la capital del Virreinato, o a los propios Cabildos Misioneros, así como innumerables donaciones realizadas por Capitanes de Blandengues, Dragones y otros jefes militares.

En esos años finales de la colonia, estos comandantes se sucedieron al mando de partidas celadoras tendientes a expulsar a los infieles cada vez más hacia el norte, frenar el atrevimiento lusitano y poblar esos casi desiertos territorios. Esta gesta colonizadora lamentablemente ha sido muy poco estudiada como tal y ese vacío historiográfico sin duda ha permitido el surgimiento de relatos totalmente antojadizos y fantásticos, muy alejados de la compleja trama socio-cultural y económica que implicó.

Artigas fue uno de los principales jefes colonizadores en ese período y buena parte de su prestigio lo fundó realizando numerosas donaciones de tierras cuyos beneficiarios eran paisanos procedentes de diversos lugares y que sabían que uno de los principales obstáculos a enfrentar eran los periódicos malones de infieles charrúas y minuanes aliados o impulsados por los portugueses.

Sería conveniente que quienes se disponen a transitar por dichos temas consultaran, por ejemplo, trabajos fundamentales por su aporte documental sobre el proceso de poblamiento y propiedad de la tierra, caso de la «Colección de Documentos para la Historia Económica y Financiera de la ROU-T.I Tierras» de Juan E. Pivel Devoto y los de Lucía Sala de Tournon, Julio Rodríguez y Nelson De la Torre «Evolución Económica de la Banda Oriental» y «La Revolución Agraria Artiguista».

Nada de extraño tuvo la petición de Artigas. Al sur del Río Negro ya no quedaban tierras para obtener en donación, pues ocupadas desde varias décadas atrás se cotizaban ahora de forma creciente. Era sobre la bravía frontera, próxima al infiel, al portugués y al gauchaje «vago y mal entretenido» donde se podían obtener con esa facilidad.

¿Por qué Arerunguá era un lugar absurdo? Tierra de antiguas estancias misioneras donde la cría de ganados se practicaba desde más de un siglo, excelentes pasturas, aguadas y a la distancia la Sierra que tampoco nada tenía de inhabitable. Artigas no fue ni el primero ni el último en radicarse allí.

El mismo realizó importantes donaciones en tierras próximas a las que recibió en donación, vecinos todos que lejos de ver en Artigas un amigo de los infieles veían un enemigo, pues difícilmente se hubieran establecido con tranquilidad junto a una «reserva charrúa» tal como arbitrariamente pretende hacernos creer Maggi.

Los demás oficiales de Blandengues, Dragones o Milicias que siguieron recorriendo la región de continuo o los innumerables pobladores que iban extendiendo sus estancias hacia el norte ¿cómo nunca denunciaron, rechazaron o hicieron referencia a la existencia, a sus espaldas, de una «reserva de infieles»?.

Nuevamente se hace patente en el autor esa ajenidad al mundo humano y físico que pretende interpretar.

Ignora u olvida, entre tantas cosas, que una de las beneficiadas con tierras en las proximidades de Arerunguá fue Elena Correa, la misma que fuera cautiva, junto a su hija Juana Ceferina, por siete meses de los infieles. Elena Correa fue liberada en una de las campañas del Capitán Jorge Pacheco, en 1801, y cuesta creer que después de tan difícil experiencia aceptara compartir las tierras de Arerunguá con sus captores de ayer (véase Juan A. Gadea «Donaciones artiguistas de tierras públicas 1808-1810» y E. Acosta y Lara ob. cit. P.Hispánico).

Del interés del paisanaje en poblar esos campos de Arerunguá -de los cuales los infieles ya estaban muy lejos para entonces, como veremos -, tenemos un testimonio irrefutable del propio Artigas. Este, en 1808, acudió ante Javier de Elío, máxima autoridad española en la Banda Oriental, solicitando que fueran inmediatamente expulsados y sin miramientos los intrusos que se habían establecido en su campo: (Arch. Artigas T. III: 404)

«... haviéndose presentado el Ayudante Mayor del cuerpo de Blandenguez Don José Artigas, en solicitud de que se le despojen de los Individuos intrusos en el campo nombrado entre los arroyos de Valentin, Cañas, hasta los Cerros del paso de Ignacio Vera, cuyos terrenos son de su pertenencia y no siendo justo que otro Individuo se pueble en los citados Campos sin expreso consentimiento del citado Don José Artigas, hará el indicado Comandante (de Belén) que los que se hallen Poblados, salgan inmediatamente de los enunciados Terrenos sin dar lugar á quejas ni recursos.»

Poco tiempo después, Artigas cedió a don Luis Sierra *«parte del citado terreno, y la mayor de las dos rinconadas que lo forman»*, solicitando ambos se efectuaran los trámites necesarios para la extensión de los definitivos títulos de propiedad. Entre dichos requisitos señalan la *«citación de colindantes»*, es decir los vecinos. En 1810 el campo fue mensurado y al momento de tasarlo se especificó que por su ubicación tan alejada de Montevideo corría *«el riesgo de ser imbadida por los Indios Infieles»* (Arch. Artigas T.III:408), razón que siempre se establecía en todas las tasaciones de tierras que se enajenaban en el frente colonizador hispano-criollo.

A la luz de lo expuesto la idea de un Artigas quintacolumnista charruísta dentro del mundo criollo es totalmente descabellada.

Muy por el contrario Artigas, reitero, encarnó siempre el ideal de colonización de tierras que latía en la sociedad hispano-criolla de la campaña oriental y de cuya empresa Artigas fue factor principal: ganarle tierras al indio nómade, detener el avance de los portugueses y desconocer los derechos del indio misionero a sus antiguas estancias.

¿Cómo se entiende que alguien que debía, según Maggi, favorecer a «su tribu» fuera tan celoso en el cumplimiento de las órdenes sobre reparto de tierras y colonización en

la frontera, acciones que iban directamente contra los intereses de los infieles?

Los pobladores -americanos en su gran mayoría, fueran blancos, negros, indios o mestizos- veían precisamente en Artigas uno de los principales adalides de sus intereses y de ahí su prestigio entre el vecindario criollo del norte del río Negro, que será de los más consecuentes en seguirlo cuando estalle la Revolución.

Difícilmente lo hubieran reconocido así si Artigas les hubiera obsequiado el presente griego de establecer una «reserva charrúa» entre las estancias criollas.

2- Eligió esas tierras pues allí *«merodea la nación charrúa; en Arerunguá, en el ángulo que forman los arroyos Valentín y Cañas, están los últimos potreros donde una tribu nómada puede sobrevivir»*(II).

El argumento más firme para derrumbar la caprichosa idea de «la reserva charrúa» creada por Artigas en Arerunguá - que para aquellos que se empeñan en el idilio Artiguismo-Charruismo es una idea entrañable- radica en que para el momento en que Artigas solicita y recibe la donación de tierras **LOS CHARRÚAS YA NO HABITABAN MÁS EN ESA ZONA.**

El proceso de expulsión de los infieles nómades hacia el norte, iniciado con la fundación de Montevideo y los centros poblados del Sudoeste de la Banda Oriental, había sido constante, determinando que para los primeros años del siglo XIX ya aquellos habían quedado reclusos a las escabrosidades de las sierras al norte del Arapey y el Cuareim, especialmente las que forman los afluentes que desembocan por la margen sur del Ibicuy. Voluminosa documentación de época señala esto con claridad. Maggi ni una palabra dice de ello ni repara en el proceso de extensión del frente colonizador hacia el norte, siendo que el propio tomo II del Archivo Artigas trae abundantísima documentación al respecto. Veamos sólo algunos ejemplos:

«...hay ocho Casiques delos Ynfieles sus Tolderías no tienen parage fijo ...pero no salen delas inmediaciones del Quaro y el Quari»(p.285);

«...el paradero de los Ynfieles no lo tienen fijo, que un día estan en una parte otro en otra parte, pero que siempre se mantienen entre el Quari y Quarapitá»(p.286);

«...su asistencia más constante es en los Arroyos Ybirapuita Guazú, Quarey y sus inmediatos, que ahora estan quasi todos juntos»(p.305).

Desde esos lugares se lanzaban a atacar las poblaciones hispano-criollas y los destacamentos y guardias de frontera, volviendo con el botín obtenido. El Caciquillo era uno de los caciques que participaban de esas acciones (A.Artigas T.II p.285,305).

Una razón fundamental para explicar esto radica no sólo en las cada vez más frecuentes campañas punitivas realizadas por los hispano-criollos que iban haciendo avanzar el frente colonizador de las estancias, sino también en que por entonces los infieles tanto charrúas como minuanes habían fortalecido su alianza con los portugueses (alianza que cierto nacionalismo indigenista tira al olvido), dedicándose de forma especial a atacar las partidas «castellanas».

Analizada la documentación disponible y el contexto en que actuaban respectiva-

mente infieles y Artigas, las afirmaciones de Maggi son realmente insostenibles.

Fue recién al amparo de todas las perturbaciones que trajo consigo la Revolución que los charrúas y minuanes pudieron retornar a territorios más al sur, como los potreros de Arerunguá, pues los territorios al norte del Cuareim que ocupaban antes que estallara aquella, ya habían sido ocupados totalmente por el pujante frente expansivo luso-brasileño.

IV- ARTIGAS Y LOS CHARRUAS DURANTE LA REVOLUCION.

Luego de transitar, de forma bastante desordenada, por las etapas del Artigas changador y el Artigas blandengue unido siempre a «su tribu», Maggi enfrenta el período del Artigas jefe revolucionario, manteniendo su intención de sorprendernos con revelaciones que tiran por tierra, según sus palabras, el largo complot urdido por distintos historiadores redactores de la maligna «historia oficial». Por supuesto que sus «descubrimientos» siempre se realizan al precio de ignorar con absoluto desenfado todas las evidencias que no convienen a su tesis.

Los aspectos a refutar en esta etapa de su análisis son realmente numerosos y rebatirlos de a uno demandaría bastante más espacio del que realmente merecen, por lo que he seleccionado para tratar aquellos que considero más destacables.

A- EL LEJANO NORTE ERA EL TERRITORIO CHARRUA.

Según Maggi el lejano norte era el territorio indio dominado por los charrúas:

«...en el lejano norte donde mandan los infieles»(I:18).

«Artigas llama repetidamente a esa ancha zona en la cual se desplaza: «El seno de mis recursos» o «el centro de nuestros recursos». Pero el lejano norte, para Montevideo y para Buenos Aires, es por el contrario: «la Sierra»; un territorio hostil, virgen y vacío: el dominio de los infieles..... Lo cierto es que Artigas se había ido de Montevideo a un lugar donde no hay pueblos (poblaciones) ni pueblo (gente modesta). Artigas se alejó de Montevideo (1814) con unos pocos ... y se internó profundamente en el lejano norte, en el desierto; es un territorio hostil, imposible para cualquier hombre blanco. El centro de sus recursos es pues, inequívocamente, el mundo charrúa, el otro lado, más allá, pasando la línea de las culturas»(I: 164).

«..el lejano norte (territorio indio) ..sur del Río Negro, era la tierra de los orientales ..»(I: 189).

Señor Maggi: para 1811 los charrúas no tenían más territorio que aquél que estaba debajo de sus pies.

Decir que el territorio al norte del río Negro era el territorio charrúa es ignorar totalmente el proceso de poblamiento y ocupación de dichas tierras iniciado por las Misiones Jesuíticas en la segunda mitad del siglo XVII y consolidado por la expansión del frente hispano-criollo en el último tercio del siglo XVIII. Ya hemos hecho referencia a este proceso de empujar a los infieles charrúas y minuanes cada vez más hacia el norte,

proceso en el cual el oficial de blandengues José Artigas jugó un papel muy destacado.

Acorraladas por el avance luso-criollo que avanzaba desde el norte y por el hispano-criollo que lo hacía desde el sur, las últimas tolderías de infieles estaban destinadas a desaparecer de forma inminente en los primeros años del siglo XIX, si las Invasiones Inglesas primero y el inesperado estallido de la Revolución, enseguida, no hubieran impedido concretar acciones de sometimiento que ya estaban dispuestas. Acciones en las cuales seguramente Artigas habría tenido una participación destacada.

El norte estaba menos poblado que el sur, pero en medida alguna era un desierto. Antiguos soldados de Blandengues o Dragones, ex-changadores y vaqueros, familias misioneras escapadas de los Pueblos, pobladores provenientes del sur de la Banda Oriental, inmigrantes del Paraguay, del territorio portugués o del interior del Virreinato constituían para entonces los reales ocupantes de la tierra, quienes habían participado de la expulsión de los infieles cada vez más hacia el norte y que reclamaban su definitiva reducción o exterminio.

Un Padrón inmediato a la Revolución, correspondiente al año 1823, registró solamente para el territorio del actual departamento de Tacuarembó una población aproximada de « **2.123 habitantes y 288 hogares**» (Michoelsson, Omar E. 1993).

No pocos de ellos debían al propio Artigas las tierras que poseían, por donaciones realizadas tanto en el período colonial como en el revolucionario. En una y otra etapa no variaron los objetivos colonizadores del gran Caudillo.

En ninguna otra zona del territorio oriental Artigas tenía un paisanaje más consecuente que en el norte, pues era allí donde su acción de guardián del orden y favorecedor del poblamiento del territorio se había concentrado. Caudillos lugareños como Blas Basualdo, Hilario Pintos, Baltasar Ojeda, Pedro Pablo Osuna se contaban entre esos beneficiados directa o indirectamente por la acción de Artigas. Por eso lo acompañaron en la heroica y fundacional jornada de Las Piedras, integrando la «**Compañía de Voluntarios de Tacuarembó**», y marcharon luego al Exodo (Michoelsson, Omar E. 1995). Exodo que por supuesto no fue la «derrota» que Maggi insiste en describir ignorando el correcto significado del término, como ya ha sido precisado (Barrios Pintos, A. 1992).

Cuando Artigas se fue del Segundo Sitio, en Enero de 1814, de manera alguna se fue solo y pensando que sus únicas y principales fuerzas eran los charrúas. Es un disparate total.

Con él se fueron los Blandengues, Otorgués, Rivera y la mayor parte de las Milicias. Y en el «lejano norte» con anterioridad a su «marcha secreta» lo estaban esperando aproximadamente 1.000 hombres apostados en el Tacuarembó Chico, Santa Ana y otros destinos, comandados por Blas Basualdo, Baltasar Ojeda y Francisco Delgado. Consta en el Archivo Artigas, que dice Maggi haber leído varias veces.

Por eso el norte era para Artigas «**el centro de nuestros recursos**», porque allí estaba su paisanaje más leal y, además, porque desde el litoral uruguayo establecía contacto directo con el área guaraní-misionera que sabía Artigas era su principal proveedora de soldados y otros bienes.

B- SÓLO ARTIGAS LOGRO LA ALIANZA CON LOS INFIELES.

«Qué interés, que sentimiento, qué esperanza, qué extraña adhesión motiva a las tribus infieles para presentarse así, de inmediato, espontáneamente, para entrar en una guerra que no entienden? No hay un sólo ejemplo similar en toda la revolución americana...Los charrúas no vienen a pelear contra sus tiranos, vienen a pelear a favor de un amigo que los llama»(I: 31-32)

«Artigas, caso único en la revolución americana, contaba con una formidable caballería ligera, los charrúas» (II).

«En ningún otro lugar de las tres Américas se supo que una nación indígena participara jugándose la vida durante diez años, en una guerra civil y en dos guerras internacionales, peleando a muerte en contiendas que en nada referían a su interés, como no fuera el de ser fieles a un determinado jefe.»(III).

Toda la historia de la Revolución americana y de las posteriores luchas civiles muestra a los distintos pueblos indígenas americanos participando de las mismas. Alcanza con estudiar las historias de Argentina y Chile para constatarlo. Siempre fue buscada su alianza a la que accedieron según su particular conveniencia e intereses y eso se dio desde el inicial movimiento juntista de Mayo en 1810. Aquí, en todo el mundo y en todas las épocas, la despiadada lógica de la guerra ha determinado que cuando de vencer se trata todo aliado sirve. Una vez derrotado el enemigo común recién se procede a separar la cizaña del trigo.

Es totalmente falso seguir insistiendo en aquello de que después de 300 años de heroica resistencia los charrúas recién con Artigas se avinieron a una alianza con el mundo criollo. Ya he dicho que la verdadera historia de los infieles en esos tres siglos desmiente categóricamente dicha fábula. Siempre participaron de los conflictos «del mundo de los cristianos», buscando su propio beneficio, tanto en aquellos en que se enfrentaban los dos imperios coloniales como en los internos a cada uno.

Nada de extraordinario entonces debe encontrarse en la unión de las tolderías infieles a la revolución liderada por Artigas y menos calificarla de desinteresada o movida solamente por la atracción que ejercía Artigas sobre ellos. Influjo que sin duda existió y que fue especialmente notorio en el minuán Caciquillo y su gente, pero seguramente no igual en otros caciques y tolderías.

A mediados de 1812 los caciques Mesalana, Moreira y Gaspar se acercan a las fuerzas portuguesas declarando que querían ser sus amigos, porque *«Artigas los había ultrajado, matando algunos de los suyos»* (Acosta y Lara,E.1969:37).

A mediados de 1812 los minuanes y charrúas sufren una derrota terrible a manos de los portugueses en el Daimán donde murieron alrededor de ochenta guerreros, entre ellos varios caciques, caso de Moreira y Mesalana . Nada hizo Artigas por evitarla o por auxiliarlos, menos aún para recuperar las mujeres, ancianos y niños que como era costumbre, pasaron a ser botín del vencedor.

Eduardo Acosta y Lara, extrañado de esta actitud de Artigas para con sus aliados, ha

«Respecto a Artigas, entendemos que bien pudo exigir de los portugueses que liberaran las mujeres y niños tomados a los charrúas, evitando que se los llevaran en su retirada. Dadas las circunstancias, cualquier gestión medianamente firme de su parte hubiera sido coronada por el éxito.»

José A. Carranza en Setiembre de 1812 informaba al respecto:
«los Indios Charrúas ... se hallan muy sentidos con D. Joze Artigas, por haverlos este desamparado quando los Portugueses» (Acosta y Lara, E. ob. cit.: p.61-62).

Maggi nada de esto comenta y menos explica.

Por encima de las relaciones personales, las simpatías o afectos, jugó entonces un papel fundamental la especial coyuntura creada por la guerra y su propia lógica. Esta provocó que transitoriamente los intereses de los infieles y la sociedad criolla -hasta ayer antagónicos- pudieran unirse, aunque tras objetivos muy distintos.

Para las últimas toderías de charrúas y minuanes la Revolución fue más que oportuna, pues, le permitió romper el acorralamiento al que estaban sometidos. Fue realmente providencial para su destino el estallido de aquella. Hemos dicho al respecto en un trabajo anterior:(Padrón,O.1997:10)

«De esta forma charrúas y minuanes lograron romper el cerco al que se habían visto sometidos en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX. El territorio para sus desplazamientos se amplió considerablemente, pues ahora coincidía casi en un todo con el territorio dominado por los revolucionarios. Es así que los veremos volver a cabalgar por las tierras al sur del río Negro, espacio que se habían visto obligados a abandonar hacía ya varias décadas.»

Pero existió otra razón aún más interesante y hasta paradójal. Ahora pasaban a ser «aliados» de sus antiguos perseguidores - el paisanaje levantado en armas - y las mismas acciones por las que antes se los perseguía -robos, saqueos, muertes- al hacerlas ahora en una lógica de conflicto diferente pasaban a ser legitimadas como acciones revolucionarias. La Revolución favoreció totalmente los intereses de los infieles, ellos lo comprendieron perfectamente y actuaron en consecuencia.

Mientras Artigas y sus fuerzas dominaron la campaña estuvieron a su lado. Cuando en 1820 Artigas fue derrotado y se retiró a la margen occidental del Uruguay, los charrúas se negaron a seguirlo y no tuvieron ningún problema de entrar en amistosas relaciones con Lecor y los portugueses, quienes le garantizaron tratarlos amistosamente.

Omitir la consideración de estos factores e insistir en argumentos vinculado al ***«patriotismo de los charrúas»*** o la obediencia ciega al Héroe es reincidir por un camino de mitología que en estos tiempos debería ser intransitable.

C-LOS CHARRUAS FUERON LA FUERZA PRINCIPAL DEL EJERCITO ARTIGUISTA

«No supe nunca que las hazañas memorables de los charrúas hayan sido reconocidas. Hubo 500 jinetes que derrotaron sistemáticamente a los porteños, hasta hacer inexpugnable la provincia oriental, frente a las pretensiones de Buenos Aires, y esa es, en buena medida, la causa más admirable de la independencia de este país; y sin embargo ...»(II)

«Sin charrúas, nadie podrá explicar nunca por qué el Jefe de los orientales abandona a su gente (aun a su hermano) y se quita el uniforme y se va solo, en medio de la noche ...» (II).

«Artigas, caso único en la revolución americana, contaba con una formidable caballería ligera, los charrúas. Sólo así se entiende la desesperación porteña por conseguir la invasión de una potencia extranjera. No tenían otra. Artigas era invencible en el Lejano Norte». (II).

«El apoyo de la tribu charrúa ... hizo que la provincia oriental fuera diferente; capaz de vencer a todas las demás provincias juntas (aún prescindiendo de Montevideo).» (III).

«.. la lectura más superficial de la papelería artiguista, pone de manifiesto la participación principal que tuvo esta tribu en la lucha de este lado del río Uruguay (un aficionado como yo, pudo reunir 300 pruebas de este hecho fenomenal).» (III).

«..la caballería charrúa ganó siempre ; y sólo pudo ser derrotada cuando la invasión portuguesa trajo a la región un ejército de línea inmensamente superior ...Y aún así (peleando con flechas y chuzas contra armas de fuego) la toma de esta Banda resultó una operación militar desmesuradamente costosa; duró cuatro años: del 16 al 20 ..» (III).

En el trabajo «Los Indios Invisibles» (El País 24 Enero 1999) pretende explicar todo el alzamiento federal en las provincias del litoral por la obra de la «caballería charrúa», sin un documento que lo fundamente. Una de las pocas constancias que hay de que los infieles hayan pasado a la margen occidental del Uruguay fue en Agosto de 1813, cuando unidos con el Comandante Domingo Manduré asaltaron y saquearon totalmente el pueblo de Mandisoví, lo que determinó una buena rabieta para Artigas, quien mandó castigarlos con severidad (ver Archivo Artigas).

Supone a todas luces una total desmesura y un ejemplo fantástico de imaginación y desprecio por el conocimiento histórico hacer de los charrúas la piedra clave del poder militar de Artigas. No estuvieron en la mayoría de las principales batallas y menos aún jugaron papel decisivo en alguna. Mal podrían haberla tenido si en la casi totalidad de esas batallas no estuvieron presentes, caso de Las Piedras, Espinillo, La Cruz, Marmarajá,

Guayabos, Ibirocay, India Muerta, Pablo Pérez, Arapey, Queguay Chico y Arroyo Grande. Y en Corumbé y Catalán, donde estuvieron, su papel no fue ni principal ni, menos aún, decisivo en el desarrollo y resultado de las mismas.

Artigas en momentos de arretrato o desesperación, en medio de la crítica situación que atravesaba, podía escribir como en Mayo de 1819:

«Los portugueses hasta el momento sólo ocupan el terreno que pisan ... Yo por mi parte estoy seguro que sólo con los charrúas tengo bastante para escañarlos ...»

Era una verdadera desmesura, como los resultados bélicos apenas pocos meses después trágicamente lo demostraron.

Las milicias integradas por el paisanaje de los distintos pagos orientales fueron la base principal de las fuerzas revolucionarias en tiempos de Artigas. Eran los nuevos pobladores de estas tierras, unidos por vínculos de parentesco o de vecindad, que enfrentaban la guerra como el precio que debían pagar por el derecho a gozar en liberar la posesión de una determinada porción de tierra. A ellos se agregaban como fuerzas de línea los Blandengues y los cuerpos de infantes compuestos por negros libertos que jugaron un papel importante en los últimos años del artiguismo.

Si de fuerzas indias se trata las que sí tuvieron un rol decisivo en toda la gesta artiguista, y en número de varios miles, fueron las guaraní-misioneras, comandadas por Andresito, Sotelo, Sití, Tiraparé y tantos otros comandantes misioneros, que en su mayoría murieron en jornadas trágicas como la de Tacuarembó.

El valor que desplegaba el charrúa en el momento de luchar fue destacado por muchos de sus contemporáneos, pero no fue tampoco ello algo excepcional, como la historia de los guaycurúes, abipones, guaraníes, ranqueles o araucanos lo demuestra.

Mucha mitología se ha tejido a lo largo de mucho tiempo sobre su poder invencible en campo abierto, el cual habría ocasionado numerosas derrotas a ejércitos españoles o de otro origen. Sin embargo, lo cierto es que desde los casi legendarios combates de San Gabriel y San Salvador en el siglo XVI - seguramente exaltados por Martín del Barco Centenera para acrecentar el orgullo de los conquistadores ibéricos - nunca más los charrúas salieron a buscar a fuerzas regulares enemigas para luchar. Cuando éstas los acorralaban entonces resistían de forma admirable, pero mientras pudieran huir del combate siempre lo hacían, excepto que su número u otro factor los favoreciera. Esa es la verdad de lo sucedido durante más de 250 años.

Durante el período artiguista no cambiaron de conducta. Los charrúas y minuanes hicieron la guerra a su manera y real antojo. Casi siempre rechazaron actuar como fuerza regular unidos a las milicias o fuerzas de línea revolucionarias y cuando lo hacían se les encomendaba tareas de apoyo, de vigilancia, cuidado de caballadas, cierre de los pasos pero en ningún momento acciones decisivas que pusieran en sus manos el éxito o fracaso de una acción realizada por las fuerzas criollas. La mayoría de las veces se cortaban solos, tratando de obtener un botín a través de saqueos en estancias y poblaciones, caso de lo sucedido durante el período artiguista en las poblaciones y pagos de Pintado, Carreta Quemada, Chamizo, Entre Ríos Negro y Yí, Víboras, San Salvador, Mercedes, Mandisoví, Belén y en toda la línea fronteriza con Portugal.

Mucho podría decirse de estas acciones «revolucionarias» de las cuales el Archivo Artigas, además de otras publicaciones, brinda esclarecedora documentación. Maggi, con un absoluto silencio sobre las mismas, hace como si no existieron.

Validos de su gran movilidad, la mayoría de sus acciones estaban orientadas por la obtención de un botín, por eso el saqueo era el más frecuente epílogo a sus acciones. Por supuesto que en esos tiempos tampoco fue privativo de ellos, pero aún así no debe dejar de ser mencionado.

Seguramente muchas de esas acciones contribuyeron a generar para el período artiguista el calificativo de *«tiempos de la anarquía»*, que de una vez por todas debemos aceptar que no fue un calificativo totalmente gratuito. Artigas en varias oportunidades intentó limitar tales excesos, pero le fue imposible hacerlo totalmente, por no poder controlar todo el vasto campo de acciones y, también, porque en parte debía condescender con el *modus operandi* de sus aliados. Artigas sabía que los infieles estarían con él o contra él, pero nunca en una actitud neutral o prescindente, pues siempre habían intervenido en todos los conflictos coloniales tras su propio beneficio.

Aunque siempre ha sido inconfesado, seguramente la presencia de los charrúas le costó a Artigas perder muchas adhesiones en el mundo criollo. Pero no exclusivamente en los centros urbanos - estos eran visceralmente enemigos de toda la sociedad rural a la que genéricamente calificaban de «gaucha»-, sino que le hizo perder apoyo entre los propios pobladores sedentarios de la campaña oriental, quienes sufrían los desmanes de ese tan singular tipo de fuerzas «patriotas».

Rivera, jefe de milicias y amigo del orden, triunfó en el combate de Capilla de Diego González en 1814 teniendo el apoyo de un grupo de charrúas, pero en la inmediata campaña contra Dorrego tuvo oportunidad de observar los desmanes que cometieron en la zona de Víboras, San Salvador y Mercedes a causa de su espíritu independiente y totalmente imposible de sujetarse a la disciplina militar.

Vivir del pillaje y saqueo de las poblaciones criollas había sido parte de su transculturación adaptativa desarrollada en los siglos anteriores ante el impacto de la colonización europea. La Revolución -como hemos dicho- les permitía, ahora, desarrollar tal actividad de forma impune, pues se las consideraba acciones revolucionarias o en favor de la Patria.

Se equivoca también Maggi cuando dice que Artigas *«se cuidaba de no aparecer como compañero de los infieles que eran personajes de miedo..»*(III). A Artigas le convenía contar con los infieles a su lado. Eran un aliado menos para el enemigo y, sobre todo, por ser *«personajes de miedo»* le otorgaban a él más poder, pues se presentaba ante las poblaciones urbano-criollas como aquél que dominaba a los «bárbaros», la cultura secularmente enemiga.

El terror a los infieles sin duda hacía su obra en los enemigos y Artigas utilizó inteligentemente ese factor. Por ello también buscó la unión con los guaycurúes y abipones, pueblos que aterrorizaban a las poblaciones de la margen occidental del Paraná. De pronto sale alguien, ahora, a buscar hijos de Artigas también en esas tribus.

Otro falacia a señalar. El relato de los indios invencibles puede ser apropiado para el cine, las revistas de aventura o la literatura, pero no es válido en la historia. Tampoco tiene el menor sustento atribuirle sólo a los charrúas el monopolio de la capacidad de

dominio del caballo o de determinadas acciones como el robo de caballadas. También los indios misioneros dieron innumerables pruebas de ellos, como lo demostraban en sus famosos torneos. Pero además, en una sociedad como la rioplatense donde hombre y caballo eran entidades inseparables, acciones como esas fueron más que frecuentes en las guerras por la independencia y las civiles, sin necesidad alguna de la presencia charrúa.

Una última precisión. Tampoco nunca durante el período artiguista existieron «500 jinetes charrúas».

La documentación inmediatamente anterior a la Revolución y la de ésta señala que su número se encontró siempre entre los 200 a 300 individuos, que, además, disminuían constantemente. Las tolderías aumentaban entonces su población por la numerosa presencia de desertores e indios tapes que se refugiaban en ellas. De hecho entre los que se identificaban como charrúas o minuanes sólo un porcentaje cada vez menor realmente lo era.

El hecho de obedecer a distintos caciques impedía también con frecuencia que actuaran durante un tiempo prolongado de forma conjunta y uniforme.

Nuevamente debemos decir que el propio Archivo Artigas registra una importantísima documentación que hace totalmente insustentable hablar de «500 jinetes charrúas» pues la sitúa en los números antes mencionados. Maggi también lo pasa por alto.

Solamente la documentación oficial artiguista habla en 1812 de «*Indios Charruas y Minuanos unidos al Exto., con Lanza, Flecha y Honda ...450*» y para Octubre de ese año ya su número se lo hace descender a «362». Con estas cifras notoriamente aumentadas no sólo se buscaba magnificar el poder militar sino simular una subordinación e integración a las fuerzas orientales regulares que sabemos nunca tuvieron. Eso tenía como objetivo impresionar a las autoridades de Buenos Aires, aumentando el poderío bélico del Jefe de los Orientales y su capacidad de liderazgo.

Las cifras oficiales de fuerzas propias y enemigas ha constituido siempre uno de los aspectos más falaces de la documentación histórica y el período artiguista no fue una excepción. La admiración por un hombre y su obra no debe ir necesariamente de la mano de la candidez.

D- EL ARTIGUISMO FUE IDEOLOGIA CHARRUA.

«Esos infieles, esos descreídos, son los portadores de un mensaje de fé, de fede, son federales. De Arerunguá pues, salen las cruzadas de infieles a catequizar a otros infelices en las provincias: Entre Ríos, Santa fé, Corrientes, Misiones, Córdoba ...»(I:165).

«Sin la Ilustración, sin Rousseau y sin Robespierre, y sin los charrúas, el federalismo artiguista, que es analfabeto, sería inexplicable. La fundación de nuestra nacionalidad pasa, necesariamente, por París y por el lejano norte.»(I:169).

A la luz de todo lo publicado hasta la fecha por destacados historiadores e investigadores sobre la formación y caracterización del pensamiento y programa revolucionario de Artigas y su gente, huelga absolutamente en este caso rebatir expresamente tales afirmaciones totalmente descarriadas .

Corona sin duda Maggi su caprichosa concepción de Artigas, el artiguismo y los charrúas con otra tesis brillante: el federalismo y el artiguismo como programa fue, fundamentalmente, expresión de una sabiduría proveniente de las tolderías de los infieles.

Más aún, es en la toldería charrúa donde al gestarse el artiguismo se gestó la propia nacionalidad oriental. Culminación sin duda digna del esfuerzo imaginativo que ha volcado en todo el libro y de la utopía por tantos acariciada de señalar en el charrúa nuestro origen colectivo como nación.

Nuevamente el lírico romanticismo recrea el mito del «buen salvaje», de la sabiduría deslumbrante de los indígenas semidesnudos perseguidos, que humillan y avergüenzan a la vanidosa civilización. Seguramente algunos adeptos ha encontrado el autor para esta concepción que les da pie para marchar tras la búsqueda de la «sabiduría charrúa perdida» la cual podría salvarnos en estos momentos de naufragio. Por supuesto que no faltarán los supremos sacerdotes transmisores de la revelación, y el Dr. Carlos Maggi, sin duda, podría aspirar a ser uno de ellos.

OTRAS JOYITAS.

Son numerosos los juicios y observaciones en los que, desde mi punto de vista, Maggi revela un preocupante distanciamiento no sólo cognoscitivo sino existencial con el medio físico y humano en que se desarrollan los episodios y seres que analiza. Hay una profunda ajenidad. A veces llega al delirio.

De lo dicho creo que hemos dado bastantes ejemplos, pero estimo deben al menos citarse algunos otros, sin agotar por supuesto la lista.

«...alcanzar y voltear una vaca chúcara era tarea reservada a los grandes jinetes»(II).

«.. Rocamora sitúa un batallón numeroso en Arerunguá, en Salto, cerca de Tacuarembó»(II)

«...es de allí (Arerunguá) que parte el federalismo, cuando su fundador se ha quedado solo, sin ejército oriental y en medio del desierto»(II).

«No está al alcance de ningún gaucho arrear 2.700 caballos y 700 bueyes sin un relincho, sin una espantada, pisando con pies de seda, en medio de la noche, bajo las narices de la guardia enemiga. Esa obra de arte, es cosa de indios sutiles (Era común que los infieles vinieran a las afueras de Montevideo a realizar demostraciones circenses, basadas en su dominio sobre los caballos)» (II).

«Mucho menos se puede explicar que desde esa zona (Arerunguá), en medio de un desierto, rodeado de indios analfabetos, haya difundido una nueva ideal: el

federalismo»(II).

«El apoyo de la tribu charrúa ... hizo que la provincia oriental fuera diferente; capaz de vencer a todas las demás provincias juntas (aún prescindiendo de Montevideo) (III).

«La historia en uso no dice que los charrúas eran maestros inigualables en el arte de entenderse con su cabalgadura y que cada guerrero charrúa tuvo siempre no menos de seis caballos de los buenos; esa historia prejuiciada tampoco reconoce que esas 3.000 máquinas de guerra, fueron decisivas para hacer de Artigas un jefe invicto, en el ámbito de las provincias del Río de la Plata.» (III).

«En Buenos Aires era infamante tener amistad con los infieles.» (IV).

«Martín Fierro piensa como los profesores de historia del Uruguay.» (IV).

«La Sierra, que abarcaba la mitad de la Banda Oriental: del Río Negro hacia el norte; una zona con vinchuca y garrapata y tribus salvajes y bandas de faeneros dispuestos a todo ...» (VII).

«.. tanto Baltasar Ojeda como Artigas, pertenecen al Lejano Norte (territorio indio) y no al sur del río Negro, que era la tierra de los orientales.» (VII).

«Caciquillo, su hijo predilecto, un indio pálido ...»(I:17).

«Importa notar que Artigas se sacó el uniforme y se vistió, ritualmente, como el gaucho que era; pero empuñó una chuza, a la manera charrúa. en los pequeños hechos caben significados. No es la única vez que Artigas contempla su propia imagen desde afuera y se viste a lo indio para rechazar un mundo que le resulta ajeno y hostil» (I:156).

«Siendo muy viejo, Pedro Barrios le contó a don Setembrino Pereda, entre risas, que el general Artigas, vuelta a vuelta andaba contrariado y de mal humor y que esos días se encasquetaba un gorro blanco hasta las orejas; y cuando esto sucedía la gente se avisaba: «amaneció alunado».....Lo del gorro fue un gesto para allegados; no lo veían así los visitantes de ocasión, como en pantuflas ¿De dónde sacaría Artigas esa extraña manera de cubrirse la testa? Artigas cruza el Río Uruguay; casi todas las noches; va en un bote de remos a ver a una mujer que tienen en la otra orilla.... La circunstancia pues indica que «ella» era charrúa. ¿A que española o criolla pudo ocurrírsele tejer un gorro de hilo y regalárselo? era un objeto tan humilde ...tribal.Cuando hace frío uruguayo (con vientito), cuando se duerme en una tolдерía, cuando se tienen 50 años ... es lógico ponerse un gorro.»(I:156,157).

CONCLUSIONES

La Literatura no es lo mismo que la Historia. Tal vez se necesite de más talento para realizar la primera, pero eso no quiere decir que la segunda pueda construirse de cualquier manera. El exhaustivo respaldo documental, la necesaria relación lógica que deben poseer las afirmaciones que realizamos -al menos para alcanzar el grado de verosimilitud si no es posible la veracidad - no son ataduras que aprisionen a la Literatura, pero sí a la Historia. Ese rigor parece estar bastante devaluado en el Uruguay de hoy.

Si lamentablemente el Uruguay del siglo XX tuvo grandes contradicciones -montando en no pocos casos una escenografía fatua que escondía crudas realidades y promovía el descuido de aspectos sustanciales del desarrollo colectivo-, no debe faltar a la hora de buscar las causas, analizar el papel jugado por estudios históricos y sociales excesivamente románticos o totalmente dependientes de determinados intereses partidarios, sectoriales o de otro género. Si la observación parcial es una de las cadenas de la cual la condición humana no puede liberarse, realmente hemos pagado por ello un alto precio.

Más que conciencia histórica, Uruguay ha tenido una conciencia mitológica. Esta ha sido construída interesadamente, sobre una serie de premisas ideales que, entre otras razones, apuntaban a destacar la excepcionalidad uruguaya en el concierto latinoamericano. En el siglo que expira no poca arrogancia y vanidoso desdén promovieron en nosotros esas premisas, con toda la carga de ceguera que conllevan.

No necesitamos hoy una Historia refundadora de mitos, que contribuya a perpetuar nuestra adolescencia colectiva. Las necesarias instancias de sinceramiento que se debe el país a sí mismo deben contar con el auxilio de una Historia comprometida a mostrar toda la complejidad de factores que han jugado -y juegan - en nuestra formación y desarrollo, así como las innumerables contradicciones que ha contenido. El rescate de las conductas superiores individuales o colectivas, así como la valorización de tal o cual período no pueden hacerse al precio de desconocer, disimular o maquillar toda la diversidad de grandezas y miserias humanas en juego, las virtudes pero también los defectos del medio y sus protagonistas, los aciertos y los fracasos, la policromía de actores e intereses, a veces convergiendo, muchas contrariándose y enfrentándose entre sí.

No tener presente toda esa complejidad supone transitar por caminos que conducen a un burdo maniqueísmo histórico y, seguramente, a concepciones mesiánicas, que se transforman no sólo en modelos para interpretar el pasado, sino, también, en ideales para el presente y el futuro. Volvemos así a huir de la realidad.

Mucho de bueno han hecho numerosos investigadores, escritores e historiadores por rescatar la verdadera y compleja urdimbre de nuestra formación nacional, pero aún resta mucho por hacer.

Madurar colectivamente en nuestra percepción del pasado supone, sobre todo, prepararnos para penetrar mejor en el análisis del tiempo que nos toca vivir y de los que vendrán. Hay en ello una relación indisoluble.

La confrontación de distintas visiones de la Historia implica, también, discutir los futuros posibles.

Durazno, Julio 1999.

ALGUNAS REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Acosta y Lara, Eduardo «La Guerra de los Charrúas. P.Hispánico» Mdeo. 1969.
- Acosta y Lara, Eduardo «La Guerra de los Charrúas. Período Patrio» Mdeo. 1969.
- Barrios Pintos, Aníbal «Tradiciones y leyendas en la historia nacional» Rev. Nacional No. 238 Set. 1992 Montevideo p.47-59.
- Doblas, Gonzalo de «Los Escritos Relativos a la Provincia de Misiones» Est. Prel. de Walter Rela Ed. de la Plaza Mdeo. 1988.
- Fernández Cabrelli, Alfonso «Artigas: el hombre frente al mito» T.I «Artigas en la sociedad montevideana del siglo XVIII» Mdeo. 1991.
- Fernández Cabrelli, Alfonso «Artigas: el hombre frente al mito» T.II «Artigas, del ilícito comercio a la admirable alárma». Mdeo.1993.
- Gadea, Juan Alberto «Donaciones artiguistas de tierras públicas 1808-1810.» Boletín Histórico del Ejército No. 69 Mdeo.1956.
- Larrañaga, Dámaso A. «Escritos» T.III Inst. Histórico y Geográfico del Uruguay Mdeo.1924.
- Machón, Jorge F. «José Artigas. Gobernador de Misiones» Jardín América-Misiones 1998.
- Michoelsson, Omar E. «Los primeros censos tacuarembosenses» Semanario Batoví Feb. 1993 Tacuarembó.
- Michoelsson, Omar E. «Familias tacuarembosenses en el Exodo» Sem. Batoví Oct.-Dic. 1995 Tacuarembó.
- Padrón Favre, Oscar «Salsipuedes: conclusión del conflicto interétnico Charrúa-Guaraní» Cuad. de Estudios Hist. y Sociales No.1 Durazno 1997.
- Petit Muñoz, Eugenio «Artigas y los indios» Ed. El País Mdeo. 1950.
- Pivel Devoto, Juan E. «Raíces coloniales de la Revolución Oriental de 1811» Mdeo. 1952.
- Pivel Devoto, Juan et. al. «Colección de documentos para la Historia Económica y Financiera de la República Oriental del Uruguay. Tomo primero. Tierras» Ministerio de Hacienda Mdeo.1964.
- Reyes Abadie, Washington «Artigas antes y después de la gesta» Ed. Banda Oriental Mdeo. 1996.
- Sala de Touron, L.-Rodríguez, J.C.-Torre, N.de la «Evolución económica de la Banda Oriental» Ed.Pueblos Unidos Mdeo.1968.

*Se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de Grafidur S.R.L.
José Pedro Varela 1262 Bis - Tel.fax (036) 23207 - Durazno
En su Primera Edición de 300 ejemplares, en el mes de agosto de 1999.
D. L. N° 14.449*

